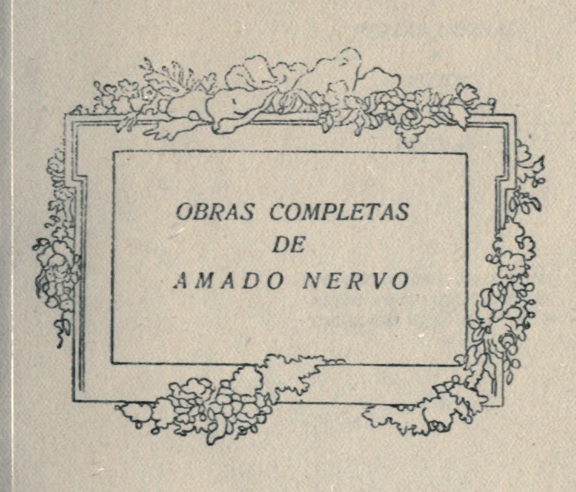

3 1761 04944968 9






OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I

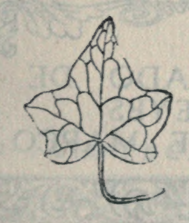
PERLAS NEGRAS

MISTICAS

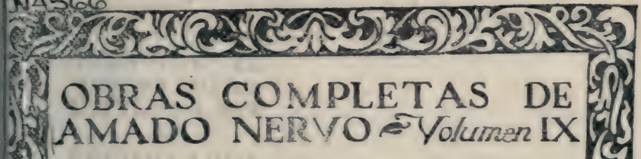
II

POEMAS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO




TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO — Volumen IX

ELLOS



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO

Dedico este libro al Lic. D. José I. Limantour, en testimonio de hondo afecto.

A. N.

I

ELLOS

A Don Justo Sierra





Todos los días pasan frente a mi ventana dos terneras.

Van al matadero, llevadas por sendos rapaces.

Tienen aún ese gracioso aturdimiento de las bestias jóvenes; se repegan la una a la otra, saltan, miran a todas partes con sus grandes y apacibles ojos glaucos y curiosos.

Llegarán a su destino; les ligarán las piernas, y con una gran maza, les darán un certero y terrible golpe en el testuz.

Luego... la nada.

Pero ellas no lo saben, y un minuto, un segundo antes de recibir ese golpe definitivo, su embrionario espíritu tranquilo se asomará a sus ojos para bañarse en luz, ajeno a toda inquietud.

¡Van a morir, pero no lo saben!

No lo saben, he aquí el celeste y misericordioso secreto.

No lo saben, en tanto que nosotros vivimos acosados sin piedad por el fantasma de la muerte.

Todas las noches, al acostarnos, nos preguntamos:

—¿Será hoy? ¿Me levantaré aún de este lecho?

Y por la mañana, al despertar, exclamamos con un suspiro:

—¡Un día más!

En cuanto la enfermedad ase con su garra acerada nuestras entrañas y nos enciende en fiebre, murmuramos con inquietud:

—¿Será esta dolencia la última?

Y en la convalecencia, al invadirnos la suave y tibia oleada de vida nueva, pensamos:

—Todavía...

¡Oh terrible, oh espantoso privilegio de la vida consciente!

¿Qué hemos hecho para merecerlo?

⊠

Todos: ése que canta, aquél que baila, el otro que atesora, el de más allá que ama, el de más

acá que se envanece, todos, estamos condenados a muerte... ¡Y lo sabemos!

Pero he ahí a las dos terneras que pasan: sus padres no las han engendrado sino para el matadero. Su vida ha sido breve como una mañana.

La especie a que pertenecen, al obedecer al poderoso instinto de perpetuarse, que es el más grande instinto de su alma colectiva, no hace sino dar al hombre individuos para que se los coma.

Todo su esfuerzo de siglos viene a parar en chuletas, solomillos y puchero.

La especie no vence, no ha vencido en los milenarios los obstáculos que se han opuesto a su vida, sino para que nos la engullamos.

✠

Y ¿quién te dice,—exclama Alguien dentro de mí, cierto Alguien que gusta mucho de discutir conmigo,—quién te dice que a la humanidad no se la comen también como a los bueyes, a las vacas y a las terneras?... Vamos a ver: ¡quién te asegura a ti que no se la comen!

—¡¡¡. . .!!!

—Sólo que tampoco ella lo sabe.

—¡¡¡...!!!

—¡Sí! Ya adivino lo que vas a preguntarme: quiénes se la comen: ¿no es eso?

—¡¡¡...!!!

—Pues se la comen unos seres diáfanos, y, por lo tanto, invisibles para nosotros los hombres; unos seres translúcidos, que viven en el aire, que han nacido en el aire, cuyo mundo es la vasta capa atmosférica que recubre el globo. Unos seres más viejos que vosotros, más perfectos, más sabios, más duraderos; que realizarán un día, que empiezan a realizar ya, el tipo definitivo de la humanidad. ¿Has leído el *Horla* de Maupassant? Pues algo por el estilo.

—Bueno, pero ¿y la muerte?

—La muerte es una apariencia, tal como vosotros la concebís. No hay enfermedades; cuando creéis que enfermáis, es que Ellos empiezan a comeros, o bien que os preparan, que os adoban, que os maceran, para el diario festín. Hecho esto, os matan, a menos que no estéis aún a punto, en cuyo caso os dejarán para más tarde: ¡entonces, sanaréis!

Una vez muertos, Ellos van convirtiendo vuestro cuerpo en sustancias asimilables para sus organismos casi inmateriales. Lo disgregan sabiamente, hasta que os aspiran, como si dijéramos, en forma de emanaciones. Vosotros, estúpidos, pensáis que os pudrís en vuestro ataúd, hasta quedaros en huesos, hasta desvaneceros en polvo... ¡Mentira!

¡Es que Ellos os van comiendo poco a poco!

No son los gusanos los que os devoran. La carne que no es profanada por las moscas que en ella depositan sus gérmenes no cría gusanos. Y, sin embargo, ¡se descompone, se pudre, se acaba!

¿Adónde ha ido?

«Ha restituído todos y cada uno de sus elementos al gran laboratorio de la naturaleza», dicen los sabios pedantes.

¡Mentira! Ha ido a nutrir los organismos ésos, misteriosos, del aire, en la forma idónea para que ellos se la asimilen.

—¡¡¡ . . . !!!

—¡La vejez no existe! Es otra engañifa, otra apariencia. Son Ellos quienes os van poniendo así.

Se trata de una simple preparación culinaria... de un *civet.* A algunos de esos seres les gustáis frescos; otros, más *gourmets*, os prefieren añejos... ¡Como el queso!

—¡¡¡ . . . !!!

—¡Claro! ¡No me lo crees! ¡Cómo habías de creérmelo! Necesitarías un esfuerzo mental superior a tus aptitudes. Tu pobre y ridículo sentido común se subleva...

¡Tampoco la ternera cree que nos la comemos! Si pudiéramos decírselo, movería burlona la cabeza. El golpe de maza, en su obscuro cerebro, de asumir alguna forma, sería la de una enfermedad fulminante, de una especie de ataque apoplético; no de otra suerte que vosotros llamáis muerte repentina, proveniente de la aorta, del aneurisma, de la congestión, a lo que no es, en suma, sino el golpe de maza que os asestan Ellos en este matadero de la vida!

—¡¡¡ . . . !!!

—Sí, repito que ya sé que no puedes creerme. Ni falta que me hace. Un día de estos te comerán a tí como a los otros, y en paz.

II

LOS QUE IGNORAN QUE ESTAN MUERTOS

AL LIC. DON IGNACIO MARISCAL



Los muertos—me había dicho varias veces mi amigo, el viejecito espiritista, y por mi parte había encontrado, varias veces también, la misma observación en mis lecturas—los muertos, señor mío, no saben que se han muerto.

No lo saben sino después de cierto tiempo, cuando un espíritu caritativo se lo dice, para despegarlos definitivamente de las miserias de este mundo.

Generalmente se creen aún enfermos de la enfermedad de que murieron; se quejan, piden medicinas... Están como en una especie de adormecimiento, de bruma, de los cuales va desprendiéndose poco a poco la divina crisálida del alma.

Los menos puros, los que han muerto más

apegados a las cosas, vagan en derredor nuestro, presas de un desconcierto y de una desorientación por todo extremo angustiosos.

Sienten dolores, hambre, sed, exactamente como si vivieran, no de otra suerte que el amputado siente que posee y aun que le duele el miembro que se le segregó.

Nos hablan, se interponen en nuestro camino, y desesperan al advertir que no los vemos ni les hacemos caso. Entonces se creen víctimas de una pesadilla y anhelan despertar.

Pero la impresión más poderosa—como más cercana—, es la de que les sigue doliendo aquello que los mató.

Y, en efecto, una tarde en que por curiosidad asistí a cierta sesión espiritista, pude comprobarlo.

La medium era *parlante*. (Ustedes saben que hay mediums *auditivos*, *videntes*, *materializadores*, etc.) Las almas de los muertos se servían de su boca para conversar con los presentes, o como si dijéramos, hablaban por boca de ganso.

Debo advertir, a fin de que no parezca a ustedes ilógico ni en contradicción con lo que he dicho lo que voy a relatar, que no es preciso

que un muerto sepa que está muerto para hablar u obrar por ministerio de un *medium*.

En ese sopor a que me refería antes, los espíritus recientemente desencarnados rondan a los vivos e instintiva, maquinalmente, cuando encuentran un medium, lo aprovechan para comunicarse, no de otra suerte que un viandante, aunque no esté en sus cabales, por instinto también, aprovecha un puente para llegar al otro lado del río.

Empezó, pues, la sesión sin matar las luces, y la medium cayó en *trance*.

Momentos después, exclamaba:

—Estoy mal herido! ¡Socórranme! — y se apretaba con ambas manos el costado derecho.

—¿Quién es usted?—preguntó el que presidía la sesión.

—Soy Valente Martínez, y me han herido aquí, en la plazuela del Carmen; me han herido a traición. Estoy desangrándome... Vengan a levantarme.

Y por la cara de la medium pasaban como oleadas de dolor y de agonía.

Muchos de los allí presentes experimentamos

gran sorpresa, porque, en efecto, en los periódicos de la última semana se había hablado con lujo de detalles del asesinato de Valente Martínez, cometido a mansalva por un celoso. Así, pues, la sesión se volvía interesante.

—¡Vengan a levantarme!—seguía diciendo con inflexión plañidera la medium.—Me estoy desangrando; es un falta de caridad dejarme así, tirado en una plazuela...

—Está usted en un error, insinuó entonces el que presidía: cree usted estar herido y abandonado en la calle; pero en realidad está usted muerto.

—¡Muerto yo! —exclamó la medium con dolorosa sorna. ¡Muerto! ¡Le digo a usted que estoy mal herido!

Y seguía apretándose el costado.

—Está usted muerto y bien muerto. Murió usted de la puñalada, el viernes último en el hospital de San Lucas.

La medium se impacientaba:

—¡Es una falta de caridad dejarme tirado como a un perro! ¡Como a un perro, sí, en medio de la calle!

Y se retorcía en su asiento.

—¿De suerte, preguntó el que presidía, que usted insiste en que está vivo?

—Sí ¡y mal herido! Ayúdenme a levantarme. ¡No sean malos!

—Pues le voy a probar a usted que está muerto: Usted ¿qué es, hombre o mujer?

—Vaya una pregunta necia: ¡soy hombre!

—¿Está usted seguro?

La medium hizo un movimiento de contrariedad:

—¡Que si estoy seguro! ¡Qué ocurrencia!

—Bueno; pues tóquese usted la cara y el pecho.

La medium se llevó la diestra a las mejillas, y una expresión de indecible pasmo se pintó en su rostro: Valente Martínez (que, según los retratos de los diarios, era barbicerrado) se palpaba imberbe...

La mano temblorosa se posó enseguida en el labio superior, buscando el ausente bigote... Luego, más temblorosa aún, descendió al pecho, y, al advertir la túrgida carne de los senos, la medium dejó escapar un grito, gutural, horrible, en tanto que fríos sudores mojaban su frente, lívida de tortura, en la que se leía el supremo espanto de la convicción...

Siguió un silencio muy largo, durante el cual, la medium, inmóvil, murmuraba no sé qué, con labios convulsos, y, por fin, el que presidía dijo:

—¡Ya ve usted cómo está bien muerto! Yo lo he desengañado por caridad, para que no piense más en las cosas de la tierra y procure elevar su espíritu a Dios...

—Tiene usted razón, —murmuró penosamente la medium.

Luego, después de una pausa, suspiró: «¡gracias!»

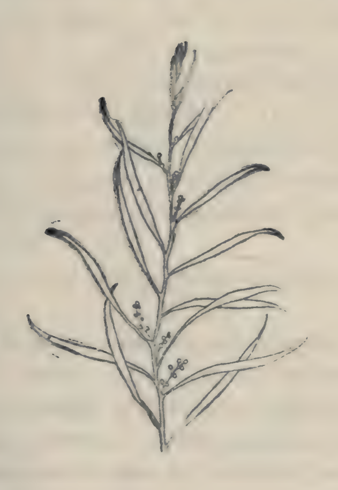
Y ya no profirió palabra alguna, hasta salir del trance.



III

LA LOCOMOTORA

Al Lic. Don Joaquín D. Casasús





ENTRE la pradera por donde paseaban y el coqueto coserío, atrayente y risueño a fuerza de color y de claridad, estaba la pauta obscura y enorme de los rieles, que prolongaban, hasta perderse de vista en un cercano recodo, la acerada rigidez de sus paralelas.

El matrimonio y los dos niños tuvieron la misma idea: ir allá entre las coquetas casitas rojas y azules que eran la seducción por excelencia del paisaje.

Pero ¿y los rieles? el peligro de atravesar los rieles?

Antes de que el marido madurase esta objeción, la señora, con el mayor de los niños, que la acompañaba, echó a correr, saltando durmientes y hierros, y en tres minutos se mostró triunfante al otro lado, sobre el talud mullido de césped.

Siguióla el esposo con el niño más pequeño

de la mano. El chico brincaba riel a riel y pretendía, en algunos, caminar, haciendo equilibrios sobre la angosta superficie, sostenido siempre por la diestra de su padre.

De pronto, un ronco silbido los paralizó a los dos de sorpresa. Del recodo surgía poderosa, violenta, empenachada de fuego, una locomotora; detrás asomaban los primeros coches de un gran expreso.

La madre, allá en el talud, lanzó un grito desesperado.

El padre con esa lucidez de los inevitables momentos de peligro y la loca premura de su pensamiento angustiado, se dijo:

—Es imposible llegar hasta el talud antes que pase el tren.

Luego, siguió pensando, siguió pensando con la concatenación de imágenes y de ideas que se producen vertiginosamente y fuera del tiempo en los trances supremos:

—Hay muchos rieles, y por tanto muchas probalidades de que la máquina no recorra la misma vía en que estoy en estos momentos: si echo a correr, el peligro es mayor. si espero en firme aquí, tal vez nos salvemos.

No vaciló. Apretó fuertemente entre sus brazos al niño y cerró los ojos.

El estruendo del tren se hacía mayor por instantes. Parecía que la tierra toda era presa de una convulsión y se poblaba de rumores.

—Viene hacia nosotros, —pensó—. Va a aplastarnos.

Y apretó más al niño contra su corazón.

Su pensamiento desbocado siguió agitando imágenes en la fiebre del instante definitivo.

Entretanto, sobreponiéndose a aquel como quebrantamiento, como machacamiento formidable de fierro con que se aproximaba la locomotora, sobresaliendo entre el ruido desconcertador, seguían oyéndose los chillidos de la madre, allá en el talud...

Y él imaginaba su muerte: la máquina iba a aplastarlos, a triturarlos, a untarlos materialmente en los rieles. Todas sus lecturas de catástrofes le vinieron a las mientes. Vió su cerebro salpicando los postes del telégrafo, sus miembros despedazados, dispersos; segada la cabeza como a cercen por los filos de las ruedas, y los ojos saltando horriblemente de las órbitas como para mirar el espanto de la escena...

El niño, que hasta entonces había permanecida en un silencio trágico, preguntó:

—Papá, qué ¿va a dolernos?...

En ese mismo instante, el estruendo llegaba a su máximum y la gigantesca máquina, con su rosario de coches, pasaba zumbando por los rieles inmediatos.

Una sensación de bochorno, de calor intenso... Luego, al abrir los ojos, el último vagón que huía casi rozándolos.

A lo lejos, el amenazador penacho, que se desmenuzaba en el aire.



IV

LAS VARITAS DE VIRTUD

A FEDERICO GAMBOA





CUANDO niño, vivía yo en un caserón desgarbado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

¡Oh! mi caserón desgarbado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos, que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas.

En su patio lamoso, crecían bellos árboles del trópico; y en un rincón, el viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua, nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpienre, como un dios asiático.

Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna, y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mistica, que murió a

poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.

Esta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero de fines del siglo XVIII. Llevaba media de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca.

Saludóla, con grave y gentil cortesía, y díjole que en un ángulo del salón había enterrado un tesoro: un gran cofre de áureas peluconas.

Mi tía, que soñaba poco en las cosas de este mundo, porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo, despertóse preocupada, sin embargo, de la vivacidad de su visión, y la refirió a mis padres y a mi abuela.

Esta última creía en los tesoros como toda la gente de su tiempo. Había nacido, en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde. Cuando el Padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella le contemplaba, según nos contó muchas veces, «pegada a la capa de su tío el alcalde.»

Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del emperador Iturbide, y recordaba las luchas

del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.

In illo tempore, los entierros eran cosa común y corriente. Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa, que sabe guardar todos los secretos... No pasaba año sin que se cuchicheara de esta o de aquella familia de la ciudad, que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas.

Y se daban detalles peregrinos:

La tierra defiende celosamente, a lo que parece, el bien que se le ha confiado.

Cuando la barreta empieza a removerla, si ha dado justo en el sitio donde yace el oro o la plata, óyese un estruendo, como de paladines armados de todas armas que libran descomunal batalla.

Chocan las filosas espadas contra las firmes corazas, óyense confusas voces que ponen espanto en el ánimo.

Los buscadores vacilan, tiemblan, y si no tienen el corazón blindado contra el pánico, recubren el hoyo y se alejan.

Si continúan, invariablemente, a cierta profundidad, topan con un esqueleto.

Cuando aparece el esqueleto, el tesoro está cerca. Ello se explica.

Quien enterraba su oro, mataba casi siempre al excavador del pozo, a fin de que no contara del escondite. Nuestros abuelos sólo tenían fe en el silencio de los muertos.

A veces, estos muertos eran dos: según la magnitud del hoyo y, por ende, del entierro.

Por fin, a unos cuantos pies más abajo, estaba el cofre... que generalmente costaba un trabajo endemoniado abrir y que pesaba horriblemente.

⊠

Existían dos procedimientos infalibles para hallar un tesoro. Y esto también lo sabía mi abuela a maravilla: el primero, hablar al muerto.

Donde había un tesoro, había un alma en pena. Ello era elemental.

No se ha sabido aún de fantasma ninguno que se resigne a dejar ignorado un entierro.

En las noches enlunadas, rondan alrededor del sitio en que se ennegrecen lentamente los

viejos pesos de a ocho reales y las onzas amarillentas con la efigie del rey Don Carlos IV.

Hay que aprovechar tales apariciones, y si uno tiene el alma en su *armario*, dirigirse derechamente al fantasma y hacerle la consabida pregunta:

—De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra.

A lo que generalmente, el interfecto (imaginamos que se trata del espíritu del excavador asesinado) responde:

—Soy de la otra.

Esto basta para «romper el hielo».

El muerto entra en palique con vosotros, y os explica bien dónde está el dinero y cómo habrá de procederse para sacarlo.

Después, cumplida su misión, desaparece.

Pero no se va, no lo creáis: se queda acechando en no sé qué pliegue de la sombra, a fin de ver si dais por fin con el tesoro. Si dais con él, se marcha resueltamente a la eternidad. Si no, permanece allí, retenido por invisible grillete, hasta que el cofre sea desenterrado y a los restos humanos se dé cristiana sepultura.

El segundo procedimiento es el de las varitas mágicas; a él sugirió mi abuela que se recurriese, en virtud de que el caballero de casacón y peluca se limitó a una aparición en sueños.

Desgraciadamente, mi padre no creía en las varitas. Había nacido en la medianía del siglo diez y nueve «o, por mejor decir, decimonono» y entonces ya no se creía en las varitas.

Además, el caballero de marras había designado justamente un sitio en que se asentaban los sillares de la pared madre de la casa. Escarbar allí era exponerse a un derrumbamiento.

Mi abuela hizo, sin embargo, traer las varitas, a furto de mi padre, y,—cosa estupenda,—señalaron el mismo sitio designado por el caballero de la peluca.

Cierto que señalaron también otros sitios; pero en aquél, coincidieron con el fantasma.

Mi abuela estaba desolada.

¡Qué lástima que mi padre no creyera en las varitas mágicas de madera de acebo con regatón de hierro, que se tallan en una rama joven, en la noche del Viernes Santo!

¿Quién tuvo razón, mi abuela o mi padre?

Mi abuela tuvo razón: las varitas mágicas dicen verdad. La ciencia, en esto, como en otras muchas cosas, ha venido a corroborar las ingenuas ideas de nuestros antepasados, y a probarnos una vez más que el mito no es sino la envoltura luminosa, un poco fantástica, de la verdad.

Las varitas mágicas eran simplemente «varitas imantadas», que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas, y, con especialidad, «yacimientos de metal...»

Nunca marran estas varitas, cuando se sabe emplearlas. ¡Nunca marran, abuelita mía, nunca marran!

V

EL HOMBRE A QUIEN LE DOLIA EL PENSAMIENTO

PARA EZEQUIEL A. CHÁVEZ





HAY enfermedades extremadamente raras y terribles.

Una de ellas es la del sueño, de que tanto se ha hablado últimamente, y que se propaga merced a la picadura de una mosca de Africa, llamada «tsé-tsé» (1), la cual inocula rápidamente la *trypanosomiasa.*

A Francia fué llevado no ha mucho, para su estudio, un grupo de negros atacados por esta enfermedad. Todos murieron. Dominábalos letargo profundo, del cual no salían sino momentáneamente.

Uno de los atacados, en cuanto se despertaba, poníase a cantar cierta canción monótona y melancólica, casi sin palabras, como si quisiera arrullar su propio sueño, su sueño fatal, más allá del cual estaba la muerte.

(1) *Gloseina palpata.*

Confieso que tal dolencia, no obstante su extrañeza y las impresiones que debe producir a quienes observan su desarrollo, a mí no me asusta. Dormir..., aunque sea para no despertar ya, es siempre lisonjero. La naturaleza, que acaso dió la vida como madrastra, dió después el sueño como madre.

⊠

Más terrible aún que esta enfermedad es la que se llama «osificación de los músculos», originada por la abundancia de óxidos de calcio en el organismo.

Lentamente se inicia, lentamente avanza... hasta fosilizarnos en vida, hasta convertirnos, como si dijéramos, en piedra. El cerebro y el corazón escapan largo tiempo. Ya los pies, las piernas, los brazos, los intestinos mismos, están más o menos osificados. Sólo el corazón y el cerebro siguen latiendo dentro de aquella estatua, que ve, que oye... ¡que se da cuenta!

La rara enfermedad no es dolorosa. En Alemania, un hombre fué atacado por ella, y muchos meses antes de morir, yació en el lecho de un hospital.

Lo peregrino de su caso hacía que acudiesen a verle innumerables personas. Él, siempre de excelente humor, conversaba con todas.

Era una especie de escultura del Comendador; pero no trágica, sino afable y hasta ingeniosa.

En cierta ocasión, a una princesa que le visitaba, díjole:

—Me estoy erigiendo yo mismo mi estatua, en vida.

Al iniciársele la osificación del corazón, murió; todo en él era ya rigido y estaba como petrificado, menos la boca. La estatua sonreía... sonrió hasta el último instante. No le dolía nada, es claro. ¡Cada miembro habia adquirido la insensibilidad y la perdurabilidad del mármol!

Esta enfermedad es, sin embargo, inocente si se la compara con otra que voy a describiros: los cabellos, en virtud de ciertos vicios de nutrición, de no sé qué asimilaciones espantosas, se van hinchando y encarnando, hasta que son como hebras de nervios y de carne, como apéndices tentaculares.

Vuestra cabeza se convierte entonces en una cabeza de medusa, y cada cabello, si lo cortáis, si tiráis de él siquiera, sangra y os duele horriblemente.

Los griegos, que, en suma, no fantasearon tanto como se cree, sino que hacían de sus mitos simples representaciones de seres, fuerzas y cosas existentes, a sabiendas de esta enfermedad imaginaron su Gorgona castigada por Minerva.

Las culebras que se retuercen airadas en la cabeza de Medusa, y que petrificaban de espanto al enemigo, no eran más que la exageración de un hecho.

Pero yo he sabido o he soñado de una enfermedad todavía más terrible que las descritas.

¡Imagináos un hombre a quien le duele pensar, a quien cada pensamiento, cada cerebración, le produce una tortura física!

Mis menguados conocimientos me impedirían describiros técnicamente esta enfermedad; mi patología es harto rudimentaria. Pero, en fin, suponed que hay en el cerebro de este hombre una irritabilidad extraña, y que merced a ella, cada célula sufre al «elaborar» el pensamiento. Digo «elaborar», no porque sea yo materialista

precisamente, sino porque no encuentro un verbo más adecuado. El cerebro, para mí, es un instrumento de aquello misterioso y casi divino que hay en nosotros; pero aquí, en el caso que analizamos, ese instrumento adolece de una hiperestesia tal, que cada pensamiento, al producirse, «pincha» como un alfilerazo.

Si el paciente fuese un mozo de cordel, un politicastro militante o un «distinguido *sportsman*», claro que la enfermedad no tendría gran importancia. Habiendo para él raras ocasiones de pensar, los dolores que sufriese no valdrían la pena de tomarse en cuenta.

✠

Pero aquí pasa lo contrario: el hombre al cual nos referimos piensa mucho, piensa con exceso, y en virtud de esta frecuencia y de esta intensidad del pensamiento, se ha desarrollado en él la dolencia.

Así como del mucho mirar se irrita la pupila hasta hacérsele insoportable la menor luz, así a este hombre del mucho pensar se le ha adolorido la sustancia gris.

Vive en un grito, en un incesante y angustioso grito...

Los médicos lo narcotizan a fin de que duerma sin cesar; pero en cuanto despierta, aunque sea por breves momentos, comienza a lamentarse. Cada pensamiento le arranca un ¡ay!; brota cada idea «como brota la espina de la planta», según la expresión del poeta.

Antes de que la inaudita dolencia hubiese llegado al actual período agudo, nuestro hombre, nuestro mártir, deberíamos decir, experimentaba sólo, al pensar, una vaga y confusa molestia; pero en cierta ocasión bebió inmoderadamente café, y la actividad cerebral que tal bebida le produjo fué intolerable. Tuvo insomnios, y durante ellos su tormento indecible le arrancaba alaridos.

... Ahora duerme, aniquilado por los anestésicos; pero en cuanto se filtra por su cerebro un rayito de pensamiento, se escucha un gemido, un gemido lastimero que parte el alma...

¿Existe esta enfermedad? ¿La he soñado o la he presentido?

Fuerza es responder con un ¡quién sabe!

VI

LAS NUBES

A Francisco A. de Icaza



Un día llegará para la tierra, dentro de muchos años, dentro de muchos siglos, en que ya no habrá nubes.

Esas apariciones blancas o grises, inconsistentes y fantasmagóricas, que se sonrosan con el alba y se doran a fuego con el crepúsculo, no más, incansables peregrinas, bogarán por los aires.

Los grandes océanos palpitantes, que hoy ciñen y arrullan o azotan a los continentes, se habrán reducido a mezquinos mediterráneos, y en sus cuencas enormes, que semejarán espantosas cicatrices, morará el hombre entre híbridas faunas y floras.

Debido a incesantes filtraciones, el agua en las honduras de la tierra, amalgamada con otras

substancias, tendrá otras propiedades y se llamará de otro modo.

El sol, padre de la vida, llegado a un ciclo más avanzado de su evolución, alumbrará y calentará menos. Su luz, que en épocas prehistóricas pasó del blanco al amarillo, habrá pasado ya del amarillo al rojo, como Antarés y Aldebarán.

Por efecto del menor calor y del menor caudal de las aguas, la evaporación habrá de ser muy menos considerable que ahora, y una gran sequedad reinará en la atmósfera.

¡Ni nubes, ni lluvias!

El cielo, de un incontaminado azul, se combará serenamente sobre la tierra.

Por las mañanas, un leve tinte rojo, en el orto, anunciará la aurora; por las tardes, un decrecimiento brusco de la luz presidirá a las tinieblas.

No más volcanes ignívomos, no más prodigiosas cordilleras de oro, no más inmensos abanicos de fuego con varillajes nacarados, no más piélagos de llamas, no más entonaciones malva, lila y heliotropo, entre las cuales brille la estrella de la tarde.

Los poetas experimentarían una suprema tris-

teza; pero ya no existirán los poetas. El último se habrá extinguido hará muchos siglos.

✠

La humanidad de entonces, sabrá empero, porque se lo han enseñado, que hubo aguaceros y tormentas sobre la tierra, como hoy sabemos que hubo ictiosaurios y plesiosaurios; sabrá que masas de vapores, fingiendo monstruos de plomizo vientre, rodaban amenazantes, preñadas de electricidad, y que ya fecundaban la tierra con el jugo vital de su seno, ya la inundaban y desolaban.

Sabrá que en algunos climas, días y hasta meses enteros, un velo gris impedía la vista del sol; que había metrópolis donde el azul del cielo era casi un milagro.

Sabrá estas cosas, y acaso también, por las descripciones literarias y por los lienzos, muy raros, que hayan podido conservarse, tendrá una idea de lo que eran las nubes.

Cosa portentosa debían de ser, sobre todo en las transfiguraciones de la aurora y del crepúsculo, ya que encantaron las meditaciones de los artis-

tas y de los sabios, y extendieron su telón de magia y de ensueño sobre el idilio de los amantes; ya que crearon todo un género pictórico y todo un género literario. Cosa maravillosa debieron de ser, cuando había hombres que, no amando ni a la patria ni a la gloria, como aquel extranjero de Baudelaire, podían exclamar sin embargo:

—«J'aime les nuages, les nuages qui passent, là-bas... les merveilleux nuages...»

Cosa imponente debieron de ser cuando el Hijo del Hombre amenazaba con venir a juzgar a la humanidad sobre las nubes del cielo...

Cosa debieron de ser por todo extremo fugitiva, cuando el idumeo Job afirmaba que la vida humana pasa ligera como ellas... *sicut nubes.*

Y los hombres de entonces, pensativos a veces, querrán evocar la imagen de un estrato, de un cúmulo, de un cirro, de un nimbo; querrán figurarse la gracia alada e imprecisa de un celaje..: y no lo lograrán.

⊠

Sin embargo, muy de tarde en tarde, casi de siglo en siglo, tal como ahora vienen esos enigmáticos viajeros del éter que arrastran cauda como los viejos reyes, aparecerá en el tenue azul el prodigio de una nubecilla.

Será más leve que el alma de una pluma.

A través de ella, como a través de la tenuidad gaseosa de los cometas, podrán mirarse hasta las pequeñitas estrellas.

Leve, ágil, ideal, nacarada, incomparable, verdadera visión de ensueño, cruzará por el aire.

Todos los hombres saldrán entonces de sus casas para contemplarla. Extáticos permanecerán mirándola y remirándola... y las ondas hertzianas llevarán este mensaje por el haz de la tierra.

«Hoy, en tal región, en tal instante, ha aparecido una nube. ¡Una blanca y maravillosa nube!»





VII

LA PRISION A LA ORILLA DEL MAR

A Antonio de Zayas



En San Sebastián hay una cárcel a la orilla del mar.

En otros muchos puertos he visto grandes prisiones a la orilla del mar.

Parece como que una prisión a la orilla del mar debiera ser la mejor de las prisiones. Pero, bien considerado, es la más cruel.

Imagináos una torre sobre una roca, a la orilla del mar. En esa torre hay un prisionero, como los que vemos en ciertas decoraciones de ópera romántica. Sólo que aquí no es tenor ni canta con acompañamiento de orquesta.

... A menos que forme la orquesta el perenne rumorar de las olas, que al romper en la roca fingen el ruido de un gran manto de seda que se desgarra.

En el calabozo de este hombre hay una ventana, sólidamente enrejada, desde la cual se ve el océano.

El prisionero ¿qué otra cosa ha de hacer sino mirar?

Mira, pues, mira siempre, mira sin hartarse, aquella cambiante movilidad de las olas, a quienes las varias luces del día visten mejor que están vestidas las emperatrices.

Mira sin cesar el prisionero; y a fuerza de mirar y remirar, en sus ojos hay algo del océano. El color de sus pupilas es el color mismo del mar.

En esas pupilas siempre abiertas se copia el eterno paisaje.

Si un alma piadosa se asomase a esas pupilas, vería en ellas vuelos de gaviotas y desfiles de naves; espuma de olas, abajo; espuma de nubes, arriba.

¿Concebís vosotros ahora la angustia de este prisionero?

Nada hay que evoque más imperiosamente la idea de la libertad que el mar.

¡El mar es libre! ¡El mar es de todos! He aquí la conclusión a que el mismo derecho internacional público llegó después de aquella ruda lucha entre los juristas holandeses y los ingleses, que en su orgullo querían enseñorearse de las olas.

¡El mar es libre! ¡El mar es nuestro! ¡Es de todos nosotros!

El prisionero que desde una ventana de su celda contempla un paisaje terrestre no puede sentir estas angustias de libertad que muerden las entrañas del otro.

⊞

Lo que mira: los muros de las casas vecinas, los predios limitados, las tierras de labranza divididas, las montañas que cierran el horizonte, toda ello le circunscribe el pensamiento, le sugiere ideas de frontera, de confín, de restricción de derechos ajenos.

Mas el preso que desde la ventanilla de la torre ve el mar, y encima el espacio, tiene que sentir el vértigo de la libertad y del infinito.

A sus pies se extiende ese gran camino que lleva a todas partes...

En el pedazo de cielo que abarcan sus ojos, lanzando gritos salvajes, revuelan las gaviotas: ¡Las gaviotas, cuyas poderosas alas nunca se fatigan de seguir a los barcos; las gaviotas, amigas de las tormentas; las gaviotas, otro simbolo de la libertad!

Más arriba, pasan, como fantasmas blancos o grises, las nubes libres, las nubes que nunca se detienen, las incurables errantes; y abajo, sobre el moaré de las olas, se hinchan al viento las velas de lona.

¡También ellas se van!

Por la noche, los ojos insomnes distinguen entre las tinieblas una viva sucesión de puntos luminosos, intervalados de sombra; parecen un gran gusano de luz que camina...

Es un trasatlántico que se marcha.

Cada uno de esos puntos luminosos es un camarote, en el que leen, piensan, conversan o sueñan, seres que parten muy lejos, a grandes ciudades cuyos palacios se reflejan sobre el cristal de lejanas riberas, donde hay músicas, y fiestas, y mujeres que pasan...

Y cuando en la soledad del ponto no aparecen ni vapores, ni velas, ni gaviotas ni nubes, los dilatados ojos del prisionero verán la onda, la onda incansable que, impulsada por la distante influencia del sol y de la luna, va y viene de playa en playa, de roca en roca, siempre ágil, siempre sonora, siempre errante, y siempre libre.

Y pienso en estas cosas al ver la cárcel sombría y pesada, a la orilla del mar... ¡Y pienso también que mi alma es como ese prisionero que está encerrado en una torre, a la orilla del mar!





VIII

AL VOLVER

ALGUIEN HA ENTRADO

PARA MIGUEL DE UNAMUNO





HACE tres meses que, en una cálida mañana en que la ciudad parecía incendiarse a los rayos del sol, cerré estas habitaciones familiares, puse las llaves en un rincón de mi gran maleta de viaje, y me marché.

Todo quedó como si me fuese para tornar al día siguiente. Sobre mi mesa de trabajo, los libros y papeles en el habitual desorden y, presidiéndolos, la cabecita bizantina de marfil, envenada de finas hendeduras negras, reliquia de los siglos; la cabecita bizantina de malfil que sonríe apenas, con una sonrisa amparadora de muchos enigmas. El artífice que la labró ha muerto hace más de mil años. No queda ya ni el recuerdo de sus cenizas.

Cuando esa cabecita surgió, blanca y pura, a

la vida silenciosa y casi eterna de las estatuas, Carlo Magno aún no aparecía en la historia, y estaban en la mente de Dios los abuelos del Cid... ¿A quiénes ha pertenecido? ¿Por cuántas manos ha pasado? Aquí adorada como una virgen, allá guardada como un amuleto, acullá confinada en la vitrina del anticuario.

¡Cuántas cosas habrá visto, con sus ojos obscuros, a medias abiertos y perpetuamente inmóviles!

La excepcional blancura, ligeramente amarilenta del marfil, dice asaz que siempre ha sido amada, que ni ha sufrido intemperies ni ha padecido abandonos.

Cuando yo haya pasado, «sicut nubes, quasi naves, velut umbra»; cuando el relámpago de mi vida se haya perdido en las grises vaguedades de los horizontes sin fronteras, esta cabecita de marfil seguirá subsistiendo indefinidamente, sin vida y sin alma, y acaso dirá, a los que saben comprender el dulce y discreto lenguaje de las cosas, algo de mis invencibles tristezas y de mis inútiles ansiedades.

¿A qué manos irá a parar mi *bibelot* predilecto? ¡Plegue a Dios que sean manos piadosas

como las mías! Pero de todas suertes y a menos de una catástrofe, su elástico y resistente marfil atravesará los siglos futuros como ha atravesado más de un milenario, y verá develarse muchos enigmas, aclararse muchos arcanos!

Las razas irán amasando ante ella el lodo y las lágrimas del mundo, convertidos en inmortal substancia radiante — *œre perennius* — con que edificarán las divinas arquitecturas del porvenir.

Mientras yo me llevaré a la tierra mis curiosidades jamás satisfechas y mis anhelos de ideal jamás saciados, mientras yo dormiré mi perenne sueño sin ensueños, ella continuará con su mirada sin luz, contemplándolo todo... ¡todo lo que no me fué dado contemplar!

¿Por qué el hombre que es creador, que puede dar a la materia, con sus manos expertas de sabio o de artista, la inmortalidad, no logra impedir que sea tan furtivo su paso por la tierra?

✠

Hace tres meses que, en una cálida mañana

en que la ciudad parecía incendiarse a los rayos del sol, cerré estas habitaciones familiares, puse las llaves en un rincón de mi gran maleta de viaje, y me marché.

Quedaron en la blanca «étagère» los retratos predilectos.

Y muchas veces, durante mis largos paseos solitarios por las montañas, a la orilla del mar, me he preguntado con cierta angustia qué harán esos retratos, esos retratos amados, en la obscuridad de la estancia.

¿Se resignarán los rostros, en los cuales debe haber algunos destellos de vida, a permanecer allí, con los ojos siempre abiertos en la sombra, adivinando sólo el día exterior por las líneas de oro de las rendijas?

¿O bien, desprendiéndose silenciosamente de la superficie en que los fijó el sortilegio del bromuro de plata, saldrán a fuera a vivir entre las oleadas de luz o de sombra, la vida de los fantasmas?

Y mis libros, ¿nadie los habrá abierto ni hojeado? ¿Ningunos ojos de ultratumba se habrán posado en ellos?

¿Por ventura, cuando marché, la leve plega-

dera de marfil no señalaba el fin de este capítulo?

Me acuerdo muy bien de haberla puesto allí, una hora antes de que el coche viniese a llevarme a la estación.

¿Cómo, pues, señala ahora una página mas lejana? ¿quién ha leído durante mi ausencia, en esta inviolada estancia? ¿qué ojos siguieron por muchas horas, por encima de mi hombro, mi lectura, y cautivados por ella la han continuado durante mi ausencia?

Porque yo siento que hay ojos invisibles que por encima de mi hombro leen cuando yo leo; yo sé de ojos que miran lo que yo escribo, que en este instante mismo están mirando lo que escribo, y que, sin embargo, hace mucho tiempo que se cerraron a la vida...

Casi afirmaría también que mi bien amado sillón, al cual debo tantas horas de reposo, no está donde lo dejé. Lo han llevado hacia la ventana.

En verdad os digo que hay, en una habitación cerrada adonde no ha entrado nadie, muchas cosas que «no comprende nuestra filosofía».

Hace tres meses que, en una cálida mañana en que la ciudad parecía incendiarse a los rayos del sol, cerré estas habitaciones fumiliares, puse las llaves en un rincón de mi gran maleta de viaje, y me marché.

Vuelvo ahora con las primeras graves melancolías del otoño, y advirtiendo que durante mi ausencia ha entrado en mi habitación el Misterio, pregunto en vano a los retratos, a los libros, a la cabeza de marfil, al sillón mismo, «algo que ellos saben»; pero que no me dirán jamás.

IX

LA ALEGRIA DE LOS CIEGOS

A MARIANO MIGUEL DE VAL



UNA de las cosas que más me han sorprendido en mi existencia, y que en Madrid tengo frecuente ocasión de observar, es la alegría y el excelente humor de los ciegos.

En México encontraba ya a diario parejas de muchachos ciegos, de la escuela inmediata a mi casa, que salían de paseo. Casi todos sonreían, como si contemplasen un bello paisaje interior, o pensasen pensamientos harmoniosos y apacibles.

Tuve en mi niñez un maestro de música ciego. Su sutileza era tal que, cuando entraba en una habitación, sabía inmediatamente si en ella había alguien, y dirigíase sin vacilar a la persona aquélla, enfadándose si no se le respondía y preguntando irritado:

—¿Es usted sordo?

Al trasponer el umbral de una puerta, el ambiente de la pieza hacíale adivinar si era reducida o espaciosa.

Pues bien: este ciego considerábase feliz; jamás le vi sombrío, a pesar de toda la sombra que llevaba en las muertas pupilas.

Théophile Gautier, en su viaje a España (adorable antigualla), habla de un ciego que le guió en su visita al Escorial.

«Era verdaderamente maravillosa de ver, dice, la precisión con que se detenía frente a los cuadros, designándonos su asunto y su autor, sin vacilar y sin equivocarse jamás.»

«Nos hizo subir a la cúpula, y nos paseó por una infinidad de corredores ascendentes y descendentes, que igualan en complicaciones al *Confessionnal des Pénitents Noirs* o al *Château des Pyrénées*, de Anne Radcliffe. Este buen hombre se llama Cornelio—añade Gautier—y disfruta del más bello carácter del mundo. Parece alegrísimo de su enfermedad.»

⊠

En dias pasados, en un tren, un matrimonio,

fortuita relación de viaje, referíame de cierta parienta a quien iba a visitar:

—Es una anciana,—decíame la señora (y el marido lo confirmaba),—que hace algunos años era intratable. Tenía un insoportable carácter; pero desde que se quedó ciega se volvió angelical. Su buen humor y su dulzura no se desmienten jamás.

Si me pusiese a citar todos los testimonios y ejemplos que abonan la verdad de este hecho, inverosímil pero exacto, no acabaría nunca; mas quienes me lean saben sin duda de muchos casos y confirman *in mente* lo que digo. Sí, señor; los ciegos son casi siempre alegres, los ciegos son casi siempre felices.

Así como canta más bellamente, según afirman, un ruiseñor, cuando un salvaje le arranca los ojos, así gorjea el alma de un ciego en la perpetua noche que la circunda.

¡Qué sabemos nosotros de estas misteriosas compensaciones de la naturaleza para los miserables a quienes en apariencia azota! ¡Qué sabemos si es madre allí donde la hemos creído madrastra!

¡Cómo podríamos adivinar los paraísos inte-

riores de aquéllos a quienes está negada la visión de la vida!

¡Quién sabe si la tristeza está en las cosas, como está en ellas la consistencia, como está en ellas la energía, como están en ellas tantas propiedades físicas!

¡Las cosas son tristes, sí, y la visión de las cosas es acaso la que nos conturba y llena de melancolía! Tras de mirarlas y remirarlas, la angustia se nos entra muy hondo.

Cuando ya no las vemos, la angustia se va con la luz...

El horror supremo de los ciegos de Maeterlinck es puramente imaginativo: está pensado por un hombre que ve. La realidad no es así. En las grandes catástrofes, los ciegos son quienes más seguramente escapan.

Ellos están en connivencia con las tinieblas. La sombra es su cómplice.

Cuando, en Londres, cae la terrible bruma negra, mientras la metrópoli agoniza y se debate como un gran monstruo en una trampa, ellos marchan por el dédalo de calles, para ellos solos visible, sonrientes y serenos.

Por todas estas cosas, y por otras muchas, no

me sorprende la sonrisa de los ciegos, divorciados ya de las apariencias del mundo: ¡la enigmática sonrisa de los ciegos que van por las calles de Madrid haciendo sonar sus desmadejadas orquestas!



X

DIÁLOGOS PITAGÓRICOS

LA PROXIMA ENCARNACION



En la tarde de un domingo, a la vera de una calzada por donde corren, envueltos en polvo de oro como en una transfiguración, esbeltos cupés, landós vastos y muelles y febriles automóviles, tres hombres modestos—un maestro de escuela, un cómico de la legua y un músico de la zarzuela,—amigos viejos los tres y miembros de una sociedad espiritista, conversan apaciblemente, sentados en un banco de piedra.

Su conversación, naturalmente, corre alrededor de sus ideas más caras, bebidas ávidamente en Allan Kardec, en Leon Denis y en infinidad de libros de propaganda moderna, de esos que abundan en las librerías de viejo.

Leandro, que así se llama el maestro de escuela, en el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, tiene la palabra.

—La estrechez yangustia de nuestra vida, amigos míos,—dice,—la dureza y acritud de nuestro trabajo, debieran, después de todo, enorgullecernos con un noble orgullo, porque prueban hasta la evidencia que hemos llegado en vidas anteriores a grande perfección, ya que tuvimos la entereza de escoger para ésta aquellos oficios que más habían de mortificarnos y que, por ende, más habrían de hacernos adelantar en nuestro camino de hombres a ángeles, que recorremos denodadamente.

«Es un hecho que cada quien, al morir, hace, como si dijéramos, el balance de su vida.

«Ve sus existencias anteriores desarrollarse en vastísimo panorama, como desde una montaña se advierte el curso de muchos ríos, con sus culebreos, sus bifurcaciones, sus espumarajos o su tranquilo correr por amplios cauces.

«Aún están calientes nuestros mortales despojos, cuando ya nos ha sido dado ver este sorprendente panorama. Comparamos nuestra vida actual con nuestras múltiples vidas anteriores, que son como los diversos trajes que un mismo actor, el yo indestructible, ha vestido, y nos damos cuenta de los resultados de cada una, y so-

bre todo de si hemos avanzado bastante en la última. Del examen de ésta, cotejada con las otras, depende nuestra resolución para la vida futura.

«Supongamos que yo fuí mendigo, por deliberada y libre elección de mi voluntad, y que desarrollé, por tanto, en mi odiosa prueba, ciertas cualidades que me faltaban, a saber: la resignación, la paciencia y la humildad. ¿Qué estado deberé elegir, por tanto, para la vida próxima? Las tres virtudes adquiridas son como tres inmortales facetas que yo mismo pulí en el diamante de mi alma.

«Miedo no hay de que nadie los opaque o descalabre: allí están radiando dulcemente para la eternidad. ¿Qué virtudes será bueno que yo busque en la próxima encarnación? Buscaré virtudes de Rey, pues que tengo ya virtudes de esclavo: seré magnánimo y magnífico. Haré la felicidad de mi pueblo, que me llamará «el Bueno»; fundaré casas de beneficencia, universidades, liceos, academias, centros de Arte... ¡qué sé yo!, y así puliré otras facetas que me faltan. Puede decirse, pues, que nuestra vida actual es como una rectificación y, por tanto, como una indica-

ción de nuestra existencia pasada. ¿Somos pobres y humildes ahora? Pues de seguro fuimos ricos y poderosos en nuestra etapa anterior.

«El prócer de hoy fué el mendigo de ayer, el mendigo de ayer será el prócer de mañana; este es el sentido en que habla el Evangelio cuando dice: los últimos serán los primeros.»

—A menos—repuso el actor—que no hayamos adquirido del todo la humildad, la resignación y la paciencia de que hablabas, en cuyo caso volveremos a ser mendigos o... cómicos de la legua, ¡como te plazca!

—Ciertamente—siguió Leandro—. Pero esto es raro. En general, adquirimos en cada vida lo que en ella nos proponíamos adquirir (en mayor o menor grado, pero lo adquirimos). Y así acontece que dedicamos la existencia próxima a otro orden de actividades, casi siempre opuestas a las anteriores, para que la diferenciación de tareas nos sirva de reposo; como el que descansa de un trabajo emprendiendo otro distinto. Estas teorías, amigos míos—continuó el maestro de escuela—, deben proporcionarnos grandes consuelos. De hecho a mí me los proporcionan.

«En mis horribles horas de clase, cuando lucho

por sembrar una idea en treinta cabecitas rubias o morenas que no piensan más que en el juego; cuando soporto con estoicismo los mil alfilerazos de su malignidad naciente; cuando hablo sin cesar días y días para obtener el fruto mísero de una pequeña atención, de un mínimo adelanto, me digo: «Tú no has sido siempre eso que eres hoy. Acaso fuiste un príncipe, un gran artista, un multimillonario, un general victorioso... No penes, pues. Lo que eres, tú has querido serlo; con la lucidez de las horas divinas que siguen a la muerte, escogiste tu modesta y penosa, pero fructífera y noble misión de hoy, y estás puliendo una de las más admirables facetas de tu diamante.»

—Lo propio debiera decirme yo—replicó el actor—cuando, ante un auditorio trivial, que me pide que lo divierta, personifico a caballeros que llevaban plumas en el chambergo y espada en el cinto; yo debí ser uno de ellos, por el señorío con que porto el acero y la pluma y por la altivez que me sale de los más ocultos senos del alma...

—Y yo—dijo por último el músico—, yo, obligado a tocar viles fandangos y boleros, polkas y

valses de menor cuantía en zarzuelillas de mala muerte, yo imagino a veces que llevo dentro el alma atormentada de algún Beethoven o de algún Mozart, que pecó mucho por orgullo y que ahora está condenado a ensordecer sus armonías celestes con el estruendo odioso de las orquestas de género chico.

—Estamos, pues, de acuerdo, amigos míos—resumió Leandro—en lo que decía yo al principio, a saber: que la dureza y acritud de nuestros trabajos debieran enorgullecernos con un noble orgullo, pues que prueban nuestra excelencia anterior...

—De todas suertes—dijo el cómico—, ¡oh mi querido Leandro!, yo te aseguro que en mi próxima existencia me desquitaré bien de lo que he sufrido en ésta: de los horribles meses sin contrata, de las noches sin público, de las silbas estrepitosas, de las cáscaras de fruta arrojadas a la escena, de los empresarios sin conciencia y de los cronistas sin misericordia. En cuanto expire, mi ánima rondará los alcázares, se agazapará entre las colgaduras de damasco y de brocatel, acechará bajo los lechos blasonados, y así que perciba el cuchicheo de un principesco dúo de

amor sazonado con besos, lista, ágil, entre dos ósculos, en medio del apretujamiento de un abrazo, se colará callandito a las entrañas de una infanta o reina, y ya no saldrá de allí sino envuelta en las sonrosadas carnes de un bebé real, para ser mostrada, a los próceres que aguardan en las antesalas, sobre una bandeja de oro...

—Pues yo—dijo vivamente el músico—seré más práctico que tú.

«Monarca... ¡Ah, no por cierto! Malos vientos corren para los reyes en este siglo. Yo salvaré, luego de muerto, el océano, y llegaré a Nueva York. Allí recorreré con ledo vuelo las suntuosas residencias de la Quinta Avenida, y en cuanto vea que va a nacer un bebé, zas, ¡en él me zampo! Seré rey; pero del Acero o del Cobre o del Petróleo... Tendré tren especial, yate, automóviles y, sobre todo, palco en el Metropolitan, para oir a los Carusos del porvenir en la postura más cómoda.

«Habré de ser, además, un millonario artista. Escribiré música sabia, que editarán a todo lujo las mejores casas alemanas, y hasta construiré un teatro en cada una de mis residencias de Nueva York o de New Port.

—Y tú, Leandro —preguntaron a la vez el músico y el actor—, tú, ¿qué desquite tomarás en otra existencia, después de haber sido en ésta lo más atormentado que puede serse, a saber: maestro de escuela?»

«¿Querrás ser, por ventura, ministro de Instrucción pública, para aumentar el sueldo a tus colegas del futuro?»

—Yo —dijo Leandro —ya he pensado muy seriamente este capítulo. Encarnaré, como tú, ¡oh, músico generoso!, en el cuerpo de un bebé millonario, pero que esté destinado, por su capacidad cerebral, a la tontera crónica. Creedlo: el mayor bien de este mundo es ser un rico necio, tan necio como rico.

«Los ricos inteligentes y buenos, más sufren que gozan, porque no pueden hacer todo el bien que anhelan. Los ricos tontos son los verdaderos bienaventurados. Siendo archimillonario y architonto, lo seréis todo. Los sabios os harán pasar por sabio; los artistas, por artista. Se os atribuirán todas las cualidades, y vosotros creeréis firmemente poseerlas. Os sonreirán todas las mujeres, y vuestra necedad os sugerirá que todas os aman. Como sois incapaces de iniciativa

y de pensamiento, otros trabajarán y pensarán por vosotros, pero atribuyéndoos toda la gloria, y moriréis abrumados de elogios y de bendiciones a una avanzada edad.

—Bueno; pero ¿qué virtudes adquirirás en una vida así, Leandro? ¿Qué faceta de tu diamante espiritual pulirás?

—Ninguna—respondió Leandro—; en cambio, gracias a mi necedad, los que me rodeen, que serán muchos, ejercitarán la paciencia. Y, además, os diré que esta próxima vida que desde ahora me he decretado, es de asueto, de recreo, de vacaciones: quiero en ella no avanzar, sino echar una cana al aire... He adelantado ya bastante en la actual; y así como en la milicia el tiempo de campaña suele contar doble, así una vida de maestro de escuela vale por dos...



XI

EL PATIO

Para mi hermano Rodolfo







En Guipúzcoa las casas tienen un patio común, un gran patio, al cual convergen las habitaciones todas de una manzana o bloque.

Merced a él, muchas categorías sociales se codean. Si vais por la calle, veréis la enorme diferencia que hay entre los ornamentados balcones de un entresuelo y los elementales barandalillos de hierro de un quinto piso; entre las colgaduras de damasco de un principal y los visillos de lienzo de una buharda. Pero si os asomáis al patio, al gran patio, al luminoso patio, las diferencias son mucho menos sensibles: no hay sino anchos muros agujereados, rectangularmente y en monótonas líneas, por las ventanas.

Y estas ventanas son todas iguales, o casi iguales.

Las categorías se marcan más bien por las diferentes alturas.

Los pobres están siempre arriba, en comunión de aspiraciones con los tejados y con los gatos.

Los ricos siempre abajo, pegados a la tierra, a ella asidos, de ella enamorados, exprimiéndole todo el jugo de que es capaz, pensando con posesivos: «mi casa», «mi quinta», «mi cortijo», «mi villa» y «mi automóvil», que liga todos estos «mis» con una vertiginosa cadena invisible.

⊞

Por la noche, los muros blancos se puntean de luces.

El gran patio está obscuro, y así como en la mañana todas aquellas ventanas convergían a una misma luz, hoy convergen a una misma sombra, como muchas vidas a un mismo dolor.

En la vasta área del patio van proyectándose los rectángulos luminosos por los cuales pasan siluetas diversas.

En el relativo silencio, la diversidad de rumores se desmadeja, se precisa; y entonces la completa imagen de la existencia está en algunos metros cuadrados.

Asomáos a un balcón y será como si os asomaseis a la vida.

Todas las edades, todos los trabajos, todas las locuras están allí.

Vosotros veis escenas que no es dado ver a los en ellas directamente interesados.

Veis, dentro del rectángulo de una ventana, al viejo que dormita, mientras en el rectángulo de la inmediata, su mujer, jamona capitosa, coquetea con el primo que está de visita.

Veis a los lacayos reir de los amos, que majestuosamente comen, separados de ellos por un muro que para vosotros no existe.

Oís fragmentos de conversaciones que voltejean en el aire.

Y, a veces, a una ventana solitaria asoma la silueta de una mujer joven.

¡Oh las mujeres jóvenes que asoman por la noche a las ventanas solitarias!

¡Oh las mujeres jóvenes que interrogan a la noche desde las ventanas solitarias!

¡Oh mis lejanos veinte años, clavados en la acera, como veinte espías llenos de zozobra y de amor, frente a una ventana solitaria!

A lo lejos, el mar enrolla y desenrolla sus olas con el mismo rumor apagado de hace un siglo, de hace veinte siglos, de hace centenares de siglos.

Y lamiendo las playas de la ciudad luminosa, de la ciudad culta y festiva, de la ciudad de placer, él continúa siendo salvaje.

¿No habéis notado que el mar es el único que, en esta perenne transformación de las cosas, conserva su sello de virginidad primordial?

El hombre lo ha modificado todo, ha cambiado la faz de la tierra. La ha desensilvecido para levantar, en vez de sus bosques milenarios, ciudades maravillosas; ha cultivado los campos, los ha dividido en heredades, los ha medido y clasificado. Ya no podéis ir a ninguna parte con la esperanza de encontrar las huellas de Dios en la creación. Los propios astros misteriosos, eclipsados por los focos eléctricos, opacados por el humo de las chimeneas que ensucian el cielo, apenas si con débil parpadeo aciertan a hacer signos de luz a vuestro espíritu. Si pretendéis escuchar la voz sonora y potente de las cascadas que cantaban en la noche, no lo lograréis tampoco. El hombre se ha apoderado de toda

la fuerza de la catarata para mover sus fábricas. Ya no desfleca el río cristalino su diáfano caudal irisado...

Pero no os desconsoléis, vosotros los que ansiáis fortificaros en el regazo de la naturaleza, vosotros los que deseáis acercaros a su alma enorme y divinamente hospitalaria: id hacia el mar incólume. A él no ha logrado imponerle su sello el hombre.

La montaña y el valle y la cascada han capitulado; el mar no capitula. Es el mismo que fraguaba continentes en el principio, cuando el planeta, caliente y envuelto en densos vapores, parecía pender aún de la nebulosa generadora.

En vano la osadía de la quilla hiende la ola. Jamás dejará una huella. La onda móvil la mecerá mientras le plazca, y luego la tragará y la triturará en su seno.

Venid al mar, espíritus libres, almas fuertes o inquietas. ¡El mar no tiene dueño! Es nuestro, y él sólo puede darnos aún en el planeta la vasta, la poderosa impresión cósmica, genésica, que la pobre tierra esclavizada no acierta ya a producir.

Y pienso en estas cosas mientras me asomo al patio, al patio ensombrecido, adonde convergen muchas ventanas, como convergen muchas vidas a un mismo dolor.



XII
EL FANTASMA

PARA BALBINO DÁVALOS





El Desierto de los Leones es uno de los sitios más hermosos de la República Mexicana.

Imagináos, limitando el admirable valle de México, un monte ensilvecido a maravilla de pinos y cedros, arado por profundos barrancos, en cuyo fondo se retuercen diáfanas linfas, oliente todo a virginidad, a frescura, a gomas; y en una de sus eminencias, que forma amplia meseta, las ruinas de un convento de franciscanos, de los primeros que se alzaron después de la conquista.

Un poderoso aliento de misterio invade las penumbras perennes de los sonoros pinares, y parece como que la oración, el ayuno y la teología han dejado allí su contagio de tristeza, de austeridad y de silencio.

Ahora que los ferrocarriles y los tranvías eléc-

tricos hacen tan fácil la escapada de la metrópoli hacia los innumerables pueblecillos y recodos amenos del valle, aquel sitio continúa aislado de todo tráfico; y como es fuerza subir por las ásperas derivaciones de la montaña al tardo antojo del mulo o del caballo, pocos son los turistas que intentan la aventura, y casi puede uno prometerse, allá arriba, inalterable paz.

⊠

Al Desierto de los Leones fué, hace algunos años y aprovechando el ocio forzado de una Semana Santa, el eminente don Justo Sierra, al que acompañaban Jesús Contreras, el bienamado escultor que en París dejó un brazo y tantos ensueños; Jesús Urueta, el orador incomparable, y un grupo de poetas predilectos, entre los cuales, Luis Urbina, Jesús E. Valenzuela y otro tan exquisito y alto como ellos, el más culto quizá, el de percepción más aristocrática y fina de los poetas nuevos de México, pero cuyo nombre no pronunciaré por tratarse del personaje principal de esta aventura.

Sólo sí le llamaré Sabino, como aquel com-

pañero de fray Luis, que con él departe en los Nombres de Cristo; y diré que era y es muy dado a estudios espiritualistas, y que, sabio en teosofía y en otros altos esoterismos, ha buscado con verdadera ansia la clave de los enigmas que nos rodean, y ha perseguido el fantasma a través del día y de la noche.

⊠

La Semana Santa había llegado tempranamente y el invierno estaba todavía en las cimas. En cuanto cayó la tarde, el frío se dejó sentir con intensidad. Los excursionistas encendieron un gran fuego, y mientras les preparaban la comida, agrupáronse en torno de la vivaz hoguera, el reflejo de cuyas llamaradas temblaba en el fondo obscuro de la arboleda.

Naturalmente, se refirieron historias de aparecidos. Había para ello la complicidad del silencio y la complicidad de la luna. La hoguera contribuía al conjuro con su fantástica nota roja que ensangrentaba los rostros atentos y pensativos.

Cuanto mayor era el influjo de lo desconoci-

do y más visible el temblor de lo invisible, uno de los del grupo exclamó dirigiéndose a Don Justo Sierra:

—Señor: allá abajo, entre los árboles, hay una sombra...

Volviéronse hacia el punto indicado todos los ojos, y, en efecto, a cien pasos, en una explanada, entre pinos gigantescos, se veía distintamente, al fulgor de la hoguera y a la luz de la luna, pasear, lentamente, a un fraile, con la capucha calada y las manos escondidas en la amplitud de las mangas.

Tan patente y manifiesta era la aparición, que ninguno de los presentes dudó de ella. El narrador suspendió su relato, y en el mutismo unánime producido por el pánico de lo sobrenatural, sólo se oyeron el ruido de las respiraciones angustiosas y el crepitar loco de los sarmientos, que, como ofidios rojos, se retorcían en la lumbre.

¿Qué alma vagabunda de fraile volvía de la hondura de los siglos a recorrer aquellos que fueron agrestes escenarios de mortificación, de plegarias y de pensamientos ascéticos?

Los testigos del hecho confiesan que jamás

sintieron tan de cerca el soplo helado del arcano y del milagro.

De pronto, el más conmovido sin duda de todos, Sabino, lívido como la luna y tembloroso como las hojas, se puso en pie y echó desesperadamente a correr tras el fantasma.

Éste, al advertir sus movimientos, se esquivó entre los árboles con suma presteza.

Parecióles a todos que se había como desvanecido; pero no: a poco volvieron a verle más allá, en un montículo de tierra.

Sabino seguía corriendo hacia él, y pronto una verdadera caza,—la caza al espectro,—turbó la paz de las hojarascas, que se quebraban crujiendo, y el sueño de las culebras que huían ondulantes.

Tan furiosa era la persecución como hábil la huída. El fantasma parecía deslizarse, como algo flúido, en confabulación con el viento y con la sombra; pero Sabino, lejos de perder terreno, cada vez más rabioso, prevenía todos los quiebros, presentía todas las artimañas, y, por fin,

estrechando distancias, sofocado por la emoción, tanto como por la carrera, pudo asir con sus manos nerviosas al fraile fugitivo...

Arriba, en el vivar, un grito retembló cuando los espectadores de aquella nunca vista escena advirtieron el resultado de la persecución; y totodos echaron a correr hacia el sitio en que el fraile se debatía entre los brazos de Sabino exclamando:

—¡Déjame ya: me haces daño!

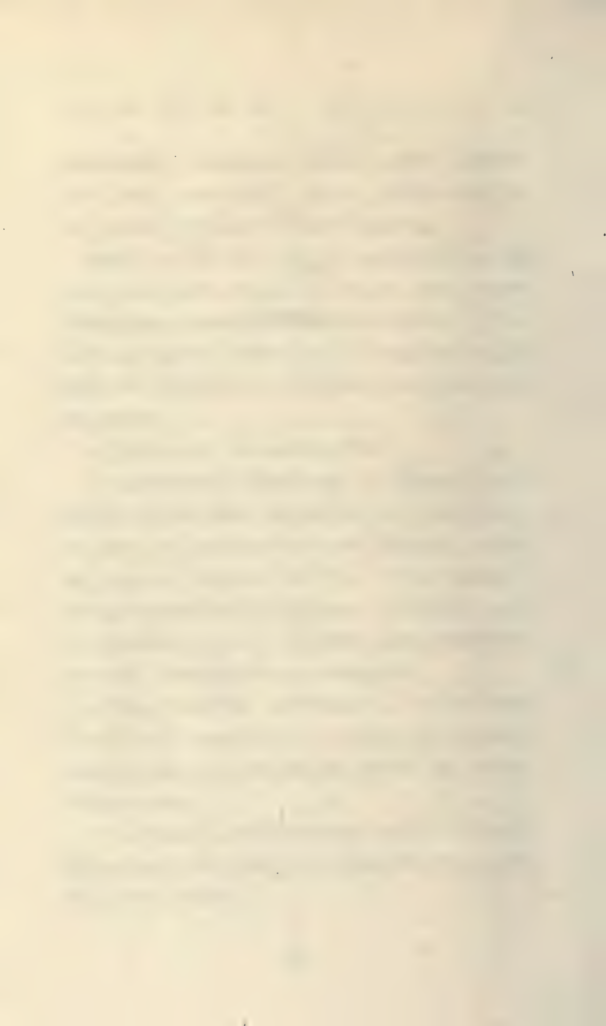
El espectro era Urueta que, de acuerdo con Contreras, se había disfrazado para dar a aquella noche un poco del sabor del misterio... Sabino, colérico, hundióle las uñas en los brazos, y cuando sus amigos le obligaron a soltar su presa, pasmados ante lo insólito de su actitud, él exclamó llorando de ira y despecho:

—Haber corrido rabiosamente toda mi vida detrás de lo sobrenatural, y ahora que ¡por fin! creía tocarlo con mis propias manos, encontrarme con éste...

Y su pena, lo más inesperado quizá de aquella noche de sorpresas, era imponente de nobleza y de sinceridad.

XIII

LA CARTA





Yo espero, hace mucho tiempo, una carta que no llega.

Día a día, al venir de mi oficina, la busco sobre mi mesa.

Voluminoso es mi correo: hay en él pliegos de todos los continentes, en los cuales ponen su marca rectangular, de vivos colores, los sellos de todas las naciones. Pero entre esos numerosos pliegos que me traen saludos o reproches, aplausos o censuras, solicitudes o dones, no figura mi carta: la carta que yo aguardo.

¿De quién es esa carta? Quizás de la mujer que hubiera amado y de la que me separó un destino brutal, cuando se buscaban nuestros ojos con todos sus enigmas, nuestras bocas con todas sus preguntas y todas sus promesas, nuestros brazos con todos sus temblores y todos sus deseos...

Esa mujer, desde alguna tierra lejana, piensa en mí; acaso mi nombre llega alguna vez a su retiro... y un día me escribirá la carta que yo ansío, la carta merced a la cual se orientará definitivamente mi espíritu. Y lo que fué hasta aquí, ya no será; y lo que no ha sido, empezará a ser.

Oh, sí, yo aguardo una carta, breve, blanca y fina, sellada con lacre malva o lila; perfumada apenas por el roce de larga y marfilina mano ducal...

Una carta que me dirá lo que no acertaron a decirme aquellos labios a quienes la fatalidad impidió abrirse a tiempo... Algo muy misterioso y muy hondo; palabras que estarán como tejidas de sol y de luna, y entre las cuales palpitarán un amor muy grande y un muy grande ensueño.

¿Cuándo llegará esa carta, Dios mío?

¡Cuántos años han pasado desde que la espero!

Señor: en mis cabellos ya hay escarcha y en mi alma cansancio. Mis ojos están fatigados de mirar a lo lejos, buscando barcos de luz, galeras de oro, entre las fantasmagorías del poniente.

He sondeado todas las perspectivas, he escudriñado todas las lontananzas, y Ella no aparece.

Por lejos que viniera, yo sabría distinguirla, porque, como las princesas de las estampas, tiene un lucero en la frente...

Señor, estoy triste y clamo a ti... Mi corazón, incorregible, salta siempre como pájaro ansioso, al acercarme a mi mesa... por si entre los pliegos de varios matices, está *su carta*, la carta que precederla debe, la sola que yo quiero recibir; fuera de la cual todas son vanidad y tedio...

¡Señor, haz que me escriba, antes de que reine la noche, esa perenne noche en que todo se desvanece! Porque entonces, aun cuando llegue su carta, como estaré inmóvil, ya no podré abrirla; como estaré a obscuras, ya no podré leerla.

XIV

LA ULTIMA DIOSA

(CUENTO ABSURDO)

A Alfredo Vicenti





Las fuerzas interiores del planeta, en oculta labor, con escondidos movimientos, con solapadas turbulencias, venían preparando la traición, la gran traición.

El sol, por su parte, en su eterna caída por el abismo, en pos de ese hipotético núcleo que acaso rutila en las masas estelares de Hércules, había encontrado un formidable enjambre de bólidos que, lloviendo sin cesar sobre su hornaza, así como sobre los mundos de su sistema (aunque sobre éstos naturalmente en proporción menor), acabaron por determinar un exceso de actividad espantoso, muy superior al undecenal que registran los astrónomos.

Entonces se efectuó el cataclismo, el inmenso cataclismo.

Las perturbaciones del ígneo océano central,

producіendo horrible expansión de gases, hincharon en una inmensa extensión la corteza del planeta.

Prodújose con esto una dislocación ciclópea. La inmutable tendencia al equilibrio hizo que a tales hinchamientos correspondiesen depresiones enormes, que se manifestaron, naturalmente, en las entrañas de las más ingentes tierras. Así, pues, a medida que nuevos continentes iban surguiendo del primordial océano, entre feroces torbellinos de espuma, los antiguos se hundían; y el mar, buscando cauce, en oleada espantosa se precipitaba sobre ellos, como una taza que se vuelca.

Pronto, en las vastas porciones de tierra donde habían florecido y penado las razas, salvo en una parte reducida, ya no se oyó más que vagir a la ola verde, plañir al mar generador como en el principio.—El mundo había sido renovado.

¿Por qué de esta tremenda conflagración escapó el centro del Africa?

Si hubiesen quedado algunos sabios para explicarlo, habríanlo explicado, sin duda, de diversas maneras.

Pero ¡no quedaron!

¡No vivió más que uno!

Del mundo antiguo, mejor dicho, del mundo de ayer, después de los espantosos zarpazos de Plutón y de Neptuno, no subsistía más que la región interior del continente africano que se extiende entre el lago Tanganica al sur, el Sahara al norte, la Abisinia y el Sanguebar al este, y el Congo y la Guinea al oeste.

Marruecos, Túnez, Argel, Trípoli, Egipto, parte de Abisinia, la Cafrería, el Cabo y todo el litoral del oeste, habían desaparecido.

No se veían más que los espinazos de la vieja cordillera que enmarcaba el continente, surguiendo a trechos del mar, como esqueletos de monstruos ahogados en las aguas, aún estremecidas.

Parecía como que la fuerza ciega que iba a labrar de nuevo al mundo, a esculpir de nuevo al planeta, había querido borrar todas las huellas que la civilización paciente y tenaz del hombre blanco logró imprimir en el continente negro.

Y sin embargo, allí, la vida animada había subsistido por lo menos: fuera de allí, en todo el haz del mundo, nada quedaba de la geografía ante-

rior. Nuevos eran los continentes, nuevos eran los mares, y unos y otros desiertos, hasta que el limo de la tierra tornase a ser fecundo.

No más arios de piel de rosa, ojos de azur y cabellos de aurora; no más semitas de nariz encorbada, ojos garzos y rizos castaños; no más indos pensativos de ojos negros, cabellos lacios y movimientos de serpiente; no más malayos oblicuos y amarillentos; no más indios rojizos y aguileños; no más lapones panzudos y enanos.

Las razas sólo habían dejado, como vestigio, el «ébano vivo» de algunas selvas africanas.

⊠

Pero no, ¡no es cierto! Como si el divino Apolo, antes de acribillar la tierra con sus flechas iracundas, hubiese querido conservar una reliquia de la estirpe lírica que creó a los dioses y a los héroes; que volvió sonoras las divinas Cícladas; que pobló de leyenda y de gloria el Archipiélago y el mar Jónico, allá, en un aduar, en el paraje más hermoso de las riberas del Nianza, quedaba una familia compuesta de un explorador italiano, casado con una griega, rubios los dos como la miel de las abejas del Himeto.

Y tenían una hija, una doncellita de diez y seis años, que ostentaba todas las blancuras de las cimas en las mejillas, todas las hebras de oro del sol en los cabellos, y en los ojos todo el verde enigma del mar.

¿Concebís, amigos míos, a esta doncella rubia, a esta nueva Anadiomena, surgiendo impoluta, celeste, única de la concha de ébano del continente maldito, para recordar a los hijos de Cam la antigua gloria de las razas, el prestigio de la hermosura aria, aquello que fué entusiasmo y orgullo del corazón y del pensamiento de los hombres, aquello que movió con su santo estímulo, con su irresistible embeleso los cinceles de Fidias y Cleomeno, que dió sus colores a Tiziano, que se volvió carne de ensueño en las Desdémonas y Julietas, que constituyó la ufanía y el sortilegio del mundo?

Se llamaba Nausica...

Y su madre, bella aún como un crepúsculo de otoño, e inteligente como una ateniense del tiempo de Pericles, suavemente atraíala a su regazo, acariciábala con sus delgadas manos de alabastro, y decíale:

—Hija mía, cuando tus padres hayan muerto,

quedarás tú sola como un grano de oro en la negrura del mundo. ¿Qué harás, tú, la perfecta, la flor por excelencia de las razas, en medio de esta humanidad sombría que acaso volverá mansamente a la animalidad? ¿Realizarán por ventura los dioses el milagro de llevarte en un carro de oro, en asunción gloriosa al Olimpo, a ti, de quien ya no es digna la tierra, a fin de que tus rizos de luz, como los de la reina Berenice, fulguren en algún rincón de las noches silenciosas.

Y decía el padre, cuitado y melancólico:

—Fuerza será buscarte un esposo blanco y rubio como tú, para que no se extinga la progenie de los dioses. En algún refugio, en algún recodo, en algún escondrijo del continente quedará otro europeo como nosotros, y con él formarás, en este océano de palpitante negrura, un magnífico islote de fulgor, y vuestra estirpe irá creciendo en estas riberas, incontaminada, serena, radiante, y poblará al fin, con la gracia de su presencia, los nuevos continentes solitarios.

⊠

Pero al cataclismo habían precedido en el centro del continente, ya epidemias, ya guerras

y matanzas, que diezmaron primero y exterminaron después a los reducidos colonos europeos, y el hombre rubio no fué hallado jamás. Murió el explorador y más tarde se extinguió la hermosa griega, besando a su hija y apretando contra su corazón un libro: la *Iliada*, ¡el último ejemplar de la *Iliada* que existía en el mundo! Nausica quedó sola.

Se cuenta que los negros la hicieron reina y que de todos los rumbos del continente venían a contemplarla, pareciéndoles ya como una mentira que hubiese existido nunca una raza capaz de concebir aquellas carnes de leche y aurora.

Un poeta negro la cantó a su modo en un dialecto áspero.

Y un día, antes de llegar a su plenitud, aquella solitaria y purísima azucena se extinguió, ante los ojos sorprendidos de sus súbditos, como se apaga un rayo de sol.

Esta última hija de Apolo murió repitiendo un verso de Homero, en la gloria de una fresca mañana, acariciada por una brisa suave, que parecía la misma que empujó a los argonautas por el mar azul, la misma que sopló en las cañas que brotaron de la metamorfosis pánica.

[illegible]

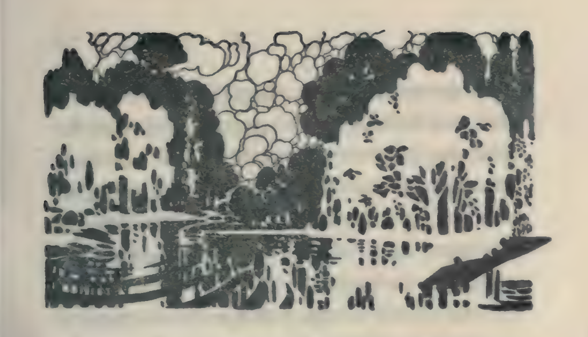
[illegible]

XV

EL LAGO ENCANTADO

PARA EL MINISTRO DE MÉXICO EN ESPAÑA,
DON JUAN A. DE BÉISTEGUI





Mi amigo, que ama apasionadamente la naturaleza, quizá por contraste, porque su posición y su fortuna lo tienen asaz encadenado al torbellino de los salones y al trajín del gran mundo, me dijo el otro día:

—He descubierto un lago, un lago admirable, digno del cisne de Lohengrin, un verdadero lago wagneriano. Nadie lo conoce—este «nadie» se refiere naturalmente a los turistas—. Ningunos ojos frívolos lo han contemplado; ni siquiera hay un camino que conduzca directamente a él. Ninguna *villa* se yergue en sus márgenes, donde anidan los gansos salvajes. Si usted me promete la reserva, si no dice usted una sola palabra a nuestros amigos, lo llevaré.

Lo prometí, y ayer, después del almuerzo, partimos. Dejamos las elegantes callejuelas del balneario, bordadas de palacetes y de hoteles, y entramos a la gran carretera de París, esa gran carretera sombreada por árboles hospitalarios que, como todas las de Francia, más parece un paseo que un camino.

El automóvil volaba, y el aire fresco cantaba en nuestros oídos,—ágil,—su canción alada y volandera.

Llegamos diez minutos después a una ciudad histórica, cuyo nombre no diré, situada en la confluencia de dos ríos, que, a poco, fundidos en uno como dos vidas amantes, y después de lamer con mansedumbre las amarillentas landas cubiertas de pinos marítimos, se arrojan al revuelto mar Cantábrico.

Atravesamos esta ciudad al paso, con la gran máquina de ciento diez H. P. trepidando de impaciencia, y volvimos al camino real para dejarlo en seguida por otro que ondulaba entre la verdura.

Las casas sembradas aquí y acullá, las *fermes* y granjas iban haciéndose raras. Pronto ya no hubo más que árboles, las susurrantes filas de

árboles solitarios, un poco amarillecidos por los asomos del otoño, que precede en ellos a esa vejez anual del invierno, de la cual salen más ufanos siempre y florecidos, mientras ¡ay! nosotros, que nos reposamos a su sombra, no vemos sino ya para siempre, ya para la eternidad, amarillecer nuestras frentes rugosas como sus crústulas y nevarse nuestros cabellos.

La paz de los campos era infinita.

De pronto la gran máquina se detuvo roncando poderosamente; frente a nosotros, en un poste, un rectángulo de madera decía:

«Lago de I...»

Seguimos un casi imperceptible sendero que se internaba en el bosque, y salió a recibirnos, sonriente y acogedor, un hombre.

—Buenos días—nos dijo en castellano correcto, sin acento alguno—. ¡Bien venidos!

Mi amigo le explicó que, enamorado del lago, había querido volver, y venía a pedirle de nuevo su barca.

El hombre aquel, sonriendo siempre, nos precedió hacia la orilla.

La vegetación era tan apretada, que yo no vi la gran esmeralda del agua hasta el momento en

que las ondas apacibles bañaban casi mis pies.

El lago, muy alargado, muy irregular, muy amplio y cristalino, bordado de pinos, de cedros, de encinas, se extendía solitario y misterioso, formando innumerables recodos, que eran otros tantos remansos donde la linfa dormía, reflejando el ensueño verde de los follajes, y donde sólo se echaba de menos a los cisnes místicos, de los cuales dijo Wordsworth: «Cuando el cisne nada, nadan dos: el cisne y su sombra».

Era de veras un lago pensativo, propicio al éxtasis. Diana y las ninfas hubieran podido bañar en sus ondas las luminosas carnes inmortales, sin temor alguno de ser sorprendidas.

Con un zueco que yacía en la ribera, aquel hombre, alternando con nosotros, empezó a extraer el agua que cubría el fondo del bote, bastante pequeño y frágil; y pronto mi amigo y yo pudimos coger los remos, ansiosos de bogar por las temblorosas diafanidades.

No teníamos prisa, y negligentemente avanzamos, deteniéndonos a cada instante para contemplar el paisaje. Bastaba dejar quietos los remos para «oir» el silencio divino de la Naturaleza. El agua pasaba cantando, y del bosque

venía ese zumbido tenue en que se funden las conversaciones de todas las hojas, las palpitaciones de todas las cañas, los susurros de todos los vientos.

Ibamos oblicuando de ribera a ribera, a fin de ver todos aquellos rincones de misterio, de contemplar la intensa entonación verde del agua dormida bajo las frondas.

Un soplo furtivo rizaba la linfa, que parecía estremecerse como una mujer desnuda y friolenta.

A veces, grandes aves acuáticas levantaban el vuelo, graznando, y extendían luego en majestuosa inmovilidad las enormes alas, señoras del espacio.

Los propietarios de estos bosques son un secretario de Embajada que reside en Londres, un marqués que hace todo el año vida de hotel elegante, un industrial que trabaja afanosamente en París.

Vienen unos cuantos días después de la apertura de la caza a matar patos silvestres, para lo cual han disimulado en los boscajes ribereños dos o tres cabañas entretejidas de lianas.

Nuestro amigo el molinero, que estuvo mucho tiempo en Cuba y que se ha establecido aquí,

arrendando a uno de los propietarios una parcela de terreno para construir en ella su molino, es, con su mujer y su hijo, el único morador de estas riberas.

No hay botes de petróleo, ni cayucos aguzados, ni velas crepitantes que turben este santo sueño del lago. El agua refleja siempre pura la gloria del sol en su amplia faceta de jade, engastada en el esmalte de las riberas.

Después de una hora de remo, varamos nuestro bote en una orilla tapizada de gramíneas y ascendemos por las escarpaduras del monte, entre los abundosos pinares.

Arriba tampoco hay alma viviente ni caminos definidos.

Un vago sendero nos lleva a unas chozas, detrás de una palizada.

Las gallinas, medrosas y alharaquientas, saltan y corren entre los aperos de labranza. Una mujer, rodeada de tres niños, interrumpe la labor que hacía y se pone en pie, sorprendida profundamente. Le preguntamos si pasa por ahí cerca la gran carretera, y nos señala una lejana línea de árboles.

Vamos hacia allá ensordecidos por el ladrar

de un perro hético que no puede resignarse a vernos en su soledad, y después de recorrer unos doscientos metros a campo traviesa damos en el amplio camino.

Hemos querido saber si el lago en alguna parte es más accesible, si se halla en algún paraje ceñido por carreteras; pero no, ya estamos tranquilos: los grandes caminos lo desconocen, el turismo inquieto no vendrá aún a profanar estas riberas calladas; ninguna sociedad anónima descubrirá por ahora virtudes maravillosas a las fuentes que forman este caudal apacible; ningún médico de moda enviará a sus enfermos a respirar estos aires. Las odiosas *villas* no erguirán todavía sus torreones multicolores entre estas arboledas.

¡Bendito sea Dios!

⊠

Volvemos a embarcarnos. La tarde cae rápidamente, y la paz del lago es más honda y encantadora. Al fin nos penetra y envuelve, nos satura el alma; y lenta, muy lentamente, agitamos los remos, corrigiendo sólo de vez en cuando la dirección del barquichuelo.

Poseer aquí unos metros cuadrados de ribera, construir una modesta vivienda, comprar un bote y venirse a pasar el verano en el recogimiento y la placidez de estas aguas.

Traer consigo un bello libro y soñar o pensar suavemente en los lentos crepúsculos de Agosto.

Sestear en los remansos penumbrosos; dormitar oyendo el chapoteo de la onda clara.

... No acordarse de que el mundo existe:

Esto desearíamos...

Pero al volver adonde nos aguarda nuestro amigo el molinero, que nos ofrece un vaso de leche riquísima, su mujer, una locuaz e impetuosa francesa, nos cuenta que se muere de tedio allí, que en las noches tiene un miedo atroz, que ansía la sociedad de sus semejantes, que... dejaría aquel paraíso muy gustosa, por vivir en la ciudad lejana, en la ciudad hirviente y trivial.

Mi amigo y yo la contemplamos con tristeza; el molinero sonríe melancólico y nos dice:

—Esto no estará siempre así, tan solitario. En cuanto concluya mi molino, organizaré algún reclamo. Vendrán los turistas. Podrán comer

aquí. Tendré mejores botes para pasear por el lago.

—Y el lago entonces,—interrumpe amargamente mi amigo,—será tan estúpido y vulgar como todos los lagos de todas las ciudades y paseos del mundo, y habrá gente que comerá salchichón en sus riberas, y nosotros no volveremos jamás...

Nos despedimos y nos alejamos, ya entre el pardear de la tarde, mientras la gran esmeralda del agua parece una enigmática pupila que se entorna.

¡Qué silencio el de la noche que viene! ¡Cómo temblarán en ese gran espejo las estrellas!

Acaso irá a bañarse en un remanso la última hada.

Acaso...

El automóvil corre fantásticamente por la gran carretera. Ya llegamos a la ciudad, ya la hemos atravesado. Ya brilla la gran luz intermitente del faro del balneario. Ya se iluminan las ventanas del hotel.

¡Ya todo se desvaneció como una mentira!



XVI

EL HALLAZGO

A Ramón del Valle Inclán





El yate *Princesa Alicia* volvía de su excursión por el Atlántico, trayendo un botín admirable, absolutamente único. Merced a sus redes, de todas formas y de todos sistemas, que arrastrando por entre los bosques de las grandes simas submarinas, cautivan faunas y floras nunca vistas, el príncipe Alberto de Mónaco tenía allí, a la mano, en su laboratorio, en frascos de variadas formas, seres preciosamente absurdos, ilógicos, increíbles, ultrafantásticos. Había peces cuyos ojos, intensamente abiertos, eran como fanales, que al propio tiempo que miraban, alumbraban el objeto visto. Había otros, fosforescentes, que cambiaban de color a voluntad, e instantáneamente, atrayendo y enloqueciendo de esta suerte a la presa que codiciaban. Había algas de todos los matices,—desde el amarillo

hasta el violeta—de todas las formas y de todos los tamaños. Había, entre el légamo glutinoso, gérmenes que guardaban aún el secreto de la transformación de las especies; organismos híbridos, eslabones de la gran cadena de la evolución, cuyas primeras anillas surgieron de la profundidad oceánica, madre de toda vida. Había, en fin, ejemplares inclasificables, de una delicadeza, de una inconsistencia y de una hermosura tan grandes, que parecían hechos de la propia sustancia del ensueño.

El príncipe y sus acompañantes, que eran habilísimos preparadores, manejaban, con dedos casi flúidos a fuerza de suavidad y pericia, los milagrosos hallazgos.

En tales momentos, con infinidad de reminiscencias científicas, de nombres de *géneros, especies, subgéneros*, sabiamente ensamblados de griego y latín, venían a su imaginación visiones sugeridas por cuentos y leyendas: todo lo que los poetas han cantado del mar eterno, que en pleno siglo XX tiene, para desesperar a los investigadores, tantos arcanos como espumas... Recordaban especialmente aquel cuento de Wells, en que un hombre desciende, en cierta esfera

hecha para resistir las más formidables presiones, a profundidad de muchos miles de metros y encuentra... una humanidad. ¡Sí! una humanidad submarina, que ha evolucionado casi paralelamente con la terrestre. Esta humanidad extraña, de formas imprevistas, tiénele por un dios bajado de allá arriba, de mundos que apenas ella imagina, y le adora, con fervor tal que está a punto de impedirle para siempre su ascenso al buque explorador del que fué lanzado... ¡y de matarlo de asfixia!

Silenciosos permanecían frente a los frascos, evocando estas diversas imágenes, cuando el príncipe, que tenía a su diestra una *Phalassio-Phylum-Clathrus*, alga bella por excelencia, que distraidamente acariciaba, sintió de pronto entre sus dedos un cuerpo algo consistente, suave, rotundo y ligeramente frío: era de forma casi oval, de un centímetro de diámetro, semejante a una perla, pero de belleza muy superior. Su color azulado ostentaba todos los matices: desde el tenue de la turquesa hasta el profundo del zafiro. Su oriente mostrábase prodigioso, de tal suerte prodigioso, que daba luz—una luz fosforescente, opalina,—que en la obscuridad que em-

pezaba a invadir el laboratorio se advertía perfectamente. Aquella luz parecía emanar del interior mismo del esferoide, y se derramaba por toda su superficie, dándole la apariencia de un lucero minúsculo y tranquilo.

Pero lo más sorprendente es que el objeto indescriptible, hermoso como no lo fué nunca el solitario mejor pulido o la perla más perfecta, no parecía proceder de la concha de un molusco; no parecía ser simple concreción nacarina extraída por el azar de las valvas de alguna madreperla, no: a juzgar por el apéndice gris azulado de inverosímil tenuidad, que conservaba adherido aún, y por otras particularidades que no escapaban a la mirada avizora del grupo de sabios, la perla no pertenecía a la fauna, sino a la flora marina: era un vegetal, un fruto, de forma análoga a la de las bayas del cafeto.

Así, pues, allá en los inexplorados abismos del Atlántico y del Pacífico había plantas que daban aquel fruto indecible, mirífico, más deseable que todos los joyeles de todas las reinas.

El mar guardaba aún una joya inédita, para las mujeres del porvenir: una joya que acaso, en los tiempos fabulosos, los tritones habían

suspendido del cuello lácteo de las nereidas; una joya que se disputarían en los venideros años, a montonadas de oro, los Rothschild y los Rockfeller, para satisfacer el capricho de alguna parisiense insinuante o de alguna americana imperiosa.

El azar de la red había arrancado de su rama, recientemente a juzgar por las huellas del apéndice seccionado (en cuya herida descubierta advertíase aún algo como un jugo lechoso), aquella cosa sín nombre, pero de prestigio tal, que jamás contemplaron nada semejante los hijos de los hombres; de brillo tan extraño y misterioso, que recordaba la estrella que las hadas y los príncipes llevan sobre la frente en las leyendas infantiles.

Los sabios pasábansela de mono en mano, mudos y absortos.

El Príncipe guardóla después en una bolsa de seda, que, colgada al cuello, lleva de entonces más por dondequiera.

La fantástica joya, que se conserva intacta, sólo sale de allí para ser mostrada a huéspedes de honor. El Kaiser la ha tenido, religiosamente, entre sus manos. La ha tenido también el Rey

de Inglaterra, y ha pensado acaso que su nación, con ser señora de las olas, no ha podido ofrecerle aún tal maravilla, por la que diera el «Cullinan», su gran diamante transvalense:

Por la noche, cuando el Príncipe está solo en su estudio, contempla la joya, que radia feérica en la penumbra... y la besa... ¡No la dará a Emperador alguno!

El solo digno de poseerla sería quizás un poeta: ¿Maeterlinck o D'Annunzio? ¡Uno más grande que ellos todavía!



XVII

EL AUTOMÓVIL DE LA MUERTE

A ENRIQUE DÍEZ-CANEDO



Los campesinos estaban indignados, con esa indignación que atropella por todo, que no mide ya el alcance ni las consecuencias de los actos.

Por la mañana, como a las diez, una enorme máquina, poderosísima—130 H. P.—venía con velocidad loca por la gran carretera.

Uua banda de gansos, gordos y lucios, atravesaba a la sazón. El *chauffeur* hizo cuanto pudo para evitarla; pero los volátiles—gansos al fin—en lugar de escapar, agrupáronse en medio del camino.

No había ya posibilidad de detener la máquina. Intentarlo era ir al *panache*, es decir, a la muerte.

El *chauffeur* tomó una súbita resolución y pasó sobre los gansos:

—¡Clac! ¡Clac!

Un ruido como de vejiga que se revienta,

como de grasa que se aplasta, y un torbellino de plumas blancas...

La equidad pedía que la máquina se detuviese más allá, que volviera sobre sus pasos y que el automovilista pagase los daños causados; cinco gansos muertos, a veinte francos por cabeza, cuando menos.

Pero el automovilista, que ya se había visto—en su larga carrera deportiva—enredado en otras reclamaciones, temió las cóleras de los campesinos, las dificultades para un arreglo con el pastor, las molestias del juzgado de Paz... y siguió a todo vuelo, a ciento y pico a la hora, dejando detrás un reguero de plumas y de indignaciones impotentes.

Por la tarde, como si aquello no bastara, otra máquina chocó violentamente con una vaca plácida, que no hizo caso de la trompa, sumida como estaba en su quieto budismo de rumiante.

La bestia no murió; pero quedó maltrecha, patas arriba, en la cuneta.

Como estaba embarazada, el propietario, un pobre diablo que no poseía más en el mundo, se entregó a la desesperación, seguro de que el terrible golpe tendría consecuencias fatales.

Al anochecer, el estado de ánimo de aquellas miseras gentes era verdaderamente lastimoso. Las dos máquinas agresoras, que los arruinaban con tan repentina y formidable injusticia, se habían desvanecido como sombras.

Cuando ellos llegaron, así el de los gansos como el de la vaca, al lugar de la tragedia, de los automóviles no quedaba más rastro que un poco de polvo, y un olor de bencina... Imposible ver ni el número ni la procedencia de ninguno de ellos. Habían hecho el mal con escandalosa impunidad, con la aplastante indiferencia de sus ciento y tantos caballos, y habían desaparecido luego por el camino polvoso lleno de huellas.

⊞

—¡Mis mejores gansos!—gemía el uno— ¡Más de cien francos, el pan de tres meses!

—¡Mi vaca!—exclamaba el otro— ¡Mi hermosa vaca, que vale doscientos!

Pronto un grupo compacto de labriegos, huertanos y pastores rodeaba a los quejosos. Una ira sorda primero, ruidosa después, se iba exha-

lando de aquellos pechos rugosos y velludos, contra la máquina implacable, soberbia, brutal, que siega vidas y pulveriza haciendas con una indiferencia de Jaguernat indo; que nunca tiene piedad, que lo menos que hace es arrojar su polvo a la cara de los pobres, de los que no poseen para sus peregrinaciones más que la elasticidad de sus pies o la mansedumbre de su borrico.

⊠

... ¿Cuál de los campesinos sugirió la mala idea? ¡Quién sabe! Pero en aquellos espíritus alterados prendió instantáneamente.

¡Eso era! ¡Había que vengarse! Ya volverían los automóviles, y el que primero pasara se llevaría el castigo. ¡El tremendo castigo!

De un cercado cortaron un largo alambre y lo tendieron a través del camino, atándolo fuertemente a dos árboles, a altura bien estudiada.

Luego, refugiáronse en un rincón de verdura y de sombra; y silenciosos y fatales como el destino, mudas ya sus cóleras ante la proximidad de la ansiada represalia, esperaron...

No esperaron mucho.

La noche había caído, y en el lejano recodo de la carretera apareció, palpitando y resoplando, encendidos sus enormes ojos encandiladores cuyos haces barrían las tinieblas, un gran automóvil, descubierto, lleno de risas, de perfumes y de flotar de velos blancos, azules y rosas.

Venían: el *chauffeur*, cuatro damas, elegantes y lindas, y el marido de una de ellas; cierto título *sportsman*, harto conocido en París, Biarritz y Madrid.

Los aldeanos, agazapados, no respiraban.

De pronto, algo indecible, espantoso, se produjo.

El alambre, tendido y rígido, cercenó, con la misma facilidad con que un hilo secciona un bloque de mantequilla, primero dos cabezas; luego tres...

El *chauffeur*, debido a su inclinación accidental sobre el *gobierno*, se salvó; y en medio de estruendo y la velocidad, ni se dió cuenta de aquellos ruidos breves y extraños, como de desgarramiento, de aquel silencio que siguió a las risas...

¡Oh, el automóvil de decapitados, el espantoso automóvil de la muerte, con sus cinco troncos echados un poco hacia atrás y desangrándose lentamente!

¡Oh, el horrible automóvil de guillotinados, que seguía en medio de la noche por la gran carretera!

Dentro, dos cabezas habían caído. Las otras habían rodado al camino, con sus sombreros vistosos, con sus grandes velos flotantes... ¡Oh, el infame automóvil de la *morgue!* La odiosa máquina, encharcada de sangre, que seguía con su velocidad loca a través de la gran cinta blanca bordada de árboles...

¡Y qué visión de pesadilla cuando el coche se detuvo en el *garage*, lleno de gente, iluminado por grandes focos, y *todos vieron,* vieron por fin *aquello!*

Aquello indescriptible que había allí dentro, sobre la fina piel de los cojines...

XVIII

LA ALEGRÍA DE MAYO





A vosotros los que vivís en nuestros piadosos climas templados, los que nunca miráis caer las hojas sino cuando hay ya otras nuevas, de un verde tierno, joyantes y satinadas; vosotros los que desconocéis el horror de la llovizna perenne, del viento glacial que aulla días y noches en los recodos de las calles: a vosotros no os es dado comprender en toda su magnitud el hechizo de la primavera que viene, y ese *¡por fin!* que se exhala del alma, de lo más hondo del alma, cuando el sol luce sin sombras y los retoños se multiplican y los árboles se ponen a reverdecer depués de habernos mostrado por más de seis meses la lamentable desnudez de sus ramas ennegrecidas, mustias y resignadas, con no sé qué de fatal, a todos los cierzos, a todas las lluvias, a todos los granizos!

Desde que empieza Abril vivimos, como si dijéramos, en perpetuo acecho. No hay mañana en que, detrás de los cristales, no espiemos la vida de los árboles que bordan la calle.

¡Con qué impaciencia buscamos, entre la rugosidad de sus ramazones, esa hinchazón bendita del brote!

Y cuando aparece, ¡con qué ternura la vemos crecer, abultar, redondearse como el pecho de una paloma o de una virgen, hasta que estalla, silenciosa y divinamente, coronándose de un suave verdor!

Desde ese día no vivimos sino con los ojos puestos en el árbol más precoz; porque hay árboles que tienen prematura alma tropical a pesar del apartamiento del trópico, y que se echan a lozanear a destiempo, como nuestros mocitos de quince años, enamorados perdidamente—¡ya!—de colegialas...

Apenas viene un viento tardío, nos ponemos a temblar ¿si acabará con aquel asomo delicado de primavera? Pero no, las sutiles hojas recién nacidas tienen todo el vigor de la savia nueva, y están adheridas a su tallo con todo el ímpetu de la vida que vuelve... ¡No caerán! Irán, por el con-

trario, medrando, medrando y esperezándose en torno de la rama negruzca, que dos o tres días antes, mostraba aún, bajo el cielo lívido, su silencioso y trágico ademán.

A juzgar por el amor, por el júbilo interior tan hondo con que vemos revelarse la primavera, con que la olemos y la aspiramos a pulmón pleno; a juzgar por la emoción que entonces suele mojar nuestros ojos, se diría que no creíamos que volviese, que no teníamos fe en la promesa de los gérmenes ni en nuestras nociones astronómicas.

La primavera es una novia que nos sorprende siempre cuando acude a la cita. En cuanto la columbramos, hay en todo nuestro espíritu una exultación loca.

Anhelaríamos que el ritmo mismo de nuestra sangre fuese como un *Te Deum laudamus*.

Nuestra incredulidad, nuestro desconsuelo ante la parennidad relativa del invierno, son muy semejantes a los que debieron sentir los refugiados del arca ante el arco iris.

... ¿Volvería la lluvia implacable, después de la ostentación misericordiosa del gran signo de colores? Fué preciso, según la leyenda, para

tranquilizar aquellas almas desoladas, que el Eterno jurase que *ya nunca más destruiría el mundo.*

Así nosotros, cuando se avecina el dulce revivir de todas las cosas: —Qué, ¿es posible— exclamamos—que haya de reventar una primavera más?

—¡Sí, sí, es posible!—nos responden con sus mil lenguas los cielos y la tierra, el sol y el aire, el río, el árbol, la golondrina que oblicúa su vuelo ágil y gallardo,—¡sí, es posible!

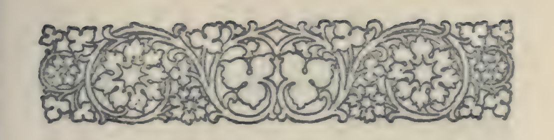
Y la novia, calumniada por nuestro escepticismo, nos convence al fin, apareciendo triunfa y dándonos un beso en plena boca.



XIX

CIEN ANOS DE SUEÑO





Yo no sé si es por el estado de sobreexcitación, de hiperestesia en que vive la humanidad, en fuerza de esta terrible y perpetua vibración de la vida moderna, por lo que las dolencias nerviosas son cada día más frecuentes, o si, por el contrario, lo han sido siempre y sólo la falta de observación o de estadística apropiada las hace aparecer ahora numerosas; pero, sin duda, uno de los casos que sí pueden reputarse como de todos los días, en nuestra época, es el de los sueños prolongados.

Los que hojeamos a diario la prensa, estamos ya acostumbrados a tropezar con los *dormidos*, en cada gacetilla.

No hay casi pueblo del mundo, por pequeño que sea, que no se permita el lujo de un dormido o una dormida.

El que menos, cuenta con un dormido de

doce meses, y es frecuentísimo que se trate de letargos de ocho y diez años.

Los de veinte y treinta son relativamente raros, pero van siéndolo menos cada día.

No creo que tarde mucho en darse el caso de la Bella del Bosque Durmiente. Cien años de sueño ¿qué son en suma? ¡Siempre un relámpago, junto a la inconmensurable y quieta eternidad!

Parece como que las hadas de los cuentos de Perrault se llaman, en la actualidad, afecciones nerviosas. La única diferencia que hay entre las dormidas de hoy y la Bella de antaño, es que aquéllas no se despiertan ya para casarse con el hermoso príncipe enamorado... Pero ¡quién sabe si sueñan en las bodas, si su Psiquis las realiza en el callado misterio de la mente!

⊞

Como la multiplicidad de los casos da pretexto a un más concienzudo estudio de ciertas regiones cerebrales, no está quizá lejos el día en que estos letargos, en vez de producirse de una manera fortuita, se logren a voluntad. Entonces, todos los hombres podrán escapar temporalmen-

te al tedio de su vida, podrán dormirse para despertar en tiempos mejores; podrán aguardar, en la inconsciencia perfecta, a que se realicen los progresos que sólo han visto en botón; podrán, en fin, salvar los océanos de las épocas, para volver a la vida en riberas más hospitalarias, entre hombres más cultos y buenos.

Así, las imaginaciones de un Poe, en su cuento de la momía; de un Wells, en su *Cuando el dormido despierte*, se cristalizarán.

Como la nutrición puede efectuarse perfectamente durante el sueño, y como por otra parte, el desgaste orgánico, merced al absoluto reposo, es casi nulo, a todos los hombres les será dado vivir en diferentes épocas, poniendo entre ellas como fuentes de inconsciencia.

Bastará para esto una especie de disposición testamentaria, a fin de que los descendientes del que duerme cuiden de alimentarlo y de proteger su sueño, manteniéndole, además, en las mejores condiciones de temperatura y de limpieza posibles.

Y a fuerza de repetirse las solicitudes, acabarán por constituirse las Compañías del Sueño, sociedades anónimas poderosas, que construi-

rán, en climas escogidos, edificios especiales, con todas las condiciones higiénicas y antisépticas deseables, para los que quieran dormir.

Habrá tarifas normadas por el tiempo del sueño, desde diez hasta cien años.

Vigilantes solícitos se encargarán de asear, nutrir y cuidar a los dormidos.

Cada uno de estos últimos tendrá a su lado, en lugar visible, de manera que puedan leerse a todas horas, las instrucciones correspondientes a su caso.

Por ejemplo:

«Número 201. Duerme desde el 30 de Marzo de 1915. Deberá despertársele el mismo día del mismo mes del año 2015. Alimentación diaria: tantos gramos de esto, tantos de aquello, tantos de lo de más alla. Temperatura a que debe mantenérsele, tantos grados», etc., etc.

Los dormitorios serán probablemente de cristal, como los de las *couveuses d'enfants*. Los lechos, niquelados como los de las clínicas; un tapiz espeso impedirá el menor ruido de pasos.

El dormido reposará en paz, mientras la vida, en su rededor, sigue su curso.

Un paréntesis invisible lo separará de las dia-

rias perspectivas mundanales, en tanto que su Psiquis manumisa vuela a través de quién sabe qué esferas de luz.

Casi ni latirán sus pulsos ni se moverá su corazón. Una suave palidez dará a su rostro aspecto marfileño.

◘

Sus descendientes, nietos, bisnietos, tataranietos, podrán ir a verle en determinados días, menudeando sus visitas a medida que se aproxime el despertar.

¡Cuántas curiosidades aletearán en torno de aquella gran urna de vidrio!

¿Qué va a decirles el antepasado cuando despierte?

¿Qué capítulos de historia vivida va a relatarles en las futuras veladas?

Sentando en sus rodillas al más pequeño de sus tataranietos, le dirá:

«Hace cien años, los hombres vestían de esta manera, hablaban estos idiomas, hacían estas cosas.

»Yo vi, surcando el aire, los primeros aero-

planos y dirigibles; yo asistí a las primeras asambleas esperantistas, cuando apenas nos atrevíamos a soñar en una lengua universal.

»En mis tiempos, había aún reinos y principados, policía y códigos, cárceles y presidios... ¡Qué lejos están todas esas cosas!»

Y el niño se quedará pensativo, mirando al antepasado pálido y sonriente, que ha vuelto de un sueño misterioso de cien años...

—¿Cómo era mi rebisabuela, dí? Tan hermosa como aparece en los retratos?—le preguntará.

—Ah, sí, muy hermosa, muy hermosa—responderá el antepasado, pensando, con extrañeza y melancolía, que aquella mujer adorada que compartió su lecho, es ya menos que el polvo leve de un ala de mariposa que arrebata el viento.

—Murió hace cien años—añadirá—, y yo, incapaz de soportar mi pena, preferí dormir... dormir... Ahora me percato de que sólo he aplazado mi angustia... Un largo siglo la aplacé... en vano, pues que hoy viene del fondo oscuro de ese siglo a atormentarme...

Y cuando el hombre que ha dormido, salga a la calle, ¡qué deslumbramiento!

De su época quedarán apenas algunas catedrales, resonantes aún de las viejas plegarias testarudas de la humanidad; algunos palacios-museos; todo lo demás habrá desaparecido.

Las casas tendrán otra forma. Las calles se moverán como anchas cintas fantásticas, simplificando el tráfico. Una ciudad subterránea, de trabajo y de lucha, a la luz de los focos, completará a la otra, a la que, llena de mármoles y de oro, estremecida de músicas y de risas, florecerá allá arriba, en la gloria dorada del viejo sol.

Y el hombre aquél, nostálgico de su tiempo, triste de mirarse aislado, con la sensación de una infinita soledad en el alma, objeto sólo de curiosidad para los nietos de sus nietos, entre los cuales se sentirá como extraño; indiferente a los formidables progresos de la especie, que antes deseaba ver y presentía con ansia; incapaz, en fin, de amar, porque está aún enamorado de su muerta, querrá dormir de nuevo; pero en esta vez, no ya en su urna de cristal, de donde manos solícitas habrían de despertarle en lo futuro; sino dormir para siempre, y volverse polvo y

sombra impalpable, como *Aquella* a quien amó, y cuya alma tal vez le espera, hace más de cien años, al borde de lo desconocido, preguntándose con sorpresa: «¿Por qué tarda, por qué tarda tanto en llegar?»



XX

LA LLAVE



Un título de Castilla, que ha vivido mucho en Granada, me contaba la siguiente historia incomparable:

Cierto moro de antigua familia heredó, como el bien más preciado, una vieja llave herrumbrosa.

—Esta llave, dijéronle sus padres, ha venido transmitiéndose de padre a hijo, desde hace más de cuatro siglos.

Cuando Boabdil «el Chico» abandonó, obligado por las lanzas cristianas, el edén de sus mayores, nuestro antepasado, que hubo de seguirle, dió un desgarrador adiós a la casa donde había nacido, y, como muchos otros, llevó con-

sigo la llave simbólica, con la que un día él o alguno de sus descendientes tornaría a abrir el ferrado portón que amparó los más felices años de su vida.

A Alá no plugo que volviese, y las generaciones se han sucedido, guardando el precioso depósito, mirando, melancólicamente, más allá de la banda azul del mar, la ribera dorada donde reinaron sus abuelos, e imaginando la vega verde y florida y la serranía azul y nivosa.

El joven moro no pensó desde entonces sino en venir a Andalucía; trabajó, economizó, y, al fin, se embarcó en Tánger para Málaga, y de allí fué a Granada.

¡Cómo medir la intensidad de sus sentimientos al pisar la tierra bendita! No, no era sólo su corazón: eran los corazones de sus padres, de sus abuelos, de todos sus antepasados los que brincaban en su pecho; eran los labios de todos ellos los que besaban los azulejos y los arabescos de la Alhambra; era el ensueño de todos ellos el que aleteaba a la fresca sombra de las enredadas callejuelas.

Poseía él un plano de la ciudad, muchas indicaciones precisas; y con instinto de amor y

con emoción ancestral, púsose a buscar su casa.

No le fué difícil hallarla. El barrio había variado poco. ¡Allí estaba, en un recodo de la calleja misteriosa! Allí estaba lucida de cal, vieja de más de cuatro siglos, pero erguida aún, con no sé qué de acogedor en su fisonomía enigmática, como esperando al dueño ausente, que la dejó en una mañana de lágrimas.

El mozo se llevó temblando la mano al pecho, sacó de una antigua bolsa de seda la llave, y la aplicó con indecible emoción a la cerradura... La llave entró suavemente, giró sin esfuerzo... moviéronse los pestillos saliendo del cerradero... y la puerta se abrió, cantando, a la presión de la mano del marroquí.

Intencionalmente, no quise preguntarle a mi amigo qué sucedió después.

¿Encontró el moro todo lo mismo que se lo habían descrito sus padres?

¿Rostros hostiles y manos violentas lo apartaron de la secular morada de los suyos?

¿O, por el contrario, feliz, pudo adquirir la casa y vive allí, enredando plácidamente sus memorias, mientras el agua, en la fuente del patio, canta su canción monótona, «la misma» que

en las siestas ardientes arrulló el ensueño islámico de sus antepasados?

¡Quién sabe!

Hay historias que no deben tener desenlace, y ésta es una de ellas.



XXI

EL DEL ESPEJO





Así como las mujeres se sonríen a través del espejo, Gabriel había caído, yo no sé cómo, en la manía de verse en el cristal cuando dialogaba consigo mismo.

¡Qué hombre no habla solo!

Todo el mundo habla solo. Pero a Gabriel no le bastaba hablar solo, sino que lo hacía frente al espejo.

Parecíale que, de otra manera, el diálogo no era completo.

Necesitaba un interlocutor, y ese interlocutor era la imagen que el espejo le devolvía; tanto más cuanto que gesticulaba al par que él, y como hacía con los labios los mismos movimientos que Gabriel, hasta le parecía a éste que hablaba la imagen.

Tuvo, pues, al cabo de poco tiempo, dos

«yoes», no internos, sino externos, sustantivos, individualizados: el suyo propio, y el de la imagen que le devolvía el espejo.

Cada uno de esos yoes mostraba su índole, su carácter, personalísimos.

El *alter ego* que en lo íntimo de nuestro espíritu departe con nosotros, que generalmente alardea de una opinión contraria a la nuestra, que nos sume en frecuentes perplejidades, para Gabriel estaba personificado en la imagen del espejo; de tal modo, que acabó por ver en ella a un sosias antagonista, con quien, si hemos de ser francos, le complacía discutir, porque así desahogaba sus iras, vaciaba sus problemas, se desembarazaba de sus objeciones.

Esta, como todas las costumbres, llegó a ser en Gabriel una segunda naturaleza.

Le hubiera sido imposible examinar, analizar una cosa *a solas*. Necesitaba departir con su *otro yo*, con su *doble*, con *el caballero aquél* del espejo... que siempre le llevaba la contraria.

Y así, cuando en la noche oprimía el botón de la incandescente y se quedaba a obscuras para dormir, era cuando se sentía solo. *El del espejo* no estaba allí, puesto que no había luz.

Debía de dormir también allá, en el fondo misterioso del biselado cristal, con un sueño levísimo de fantasma.

Pero si, antes de que Gabriel se durmiese le tumultuaba en el cerebro alguna idea, alguna preocupación de las que nos trae el insomnio, incapaz de soportarla solo, saltaba de la cama, encendía la luz y se iba al espejo, a despertar al *otro*, a discutir con él los «por qué» de su inquietud y de su angustia.

—¿Crees tú—porque lo tuteaba—crees tú—decíale a cada paso, en estas discusiones,—crees tú que tengo razón?

Y el espejo devolvía a Gabriel un encogimiento de hombros... *El otro* se encogía de hombros.

—¡Eso no es responder!—solía replicar Gabriel, exaltándose poco a poco; y el del espejo iba también exaltándose, hasta que ambos manoteaban desesperadamente y gritaban (o cuando menos gritaba uno de ellos) hasta desgañitarse.

La cólera del individuo del espejo, sus ademanes trágicos, su rostro congestionado, encendían más y más las iras de Gabriel, y el que esto escribe no se explica cómo pudieron en tanto

tiempo no venir a las manos y abofetearse concienzudamente.

Pero que no lo hicieron lo testificó la integridad del espejo, tranquilo, brillante, profundo, que no mostraba ni la más mínima lesión... ¡hasta el día en que sucedió la gran desgracia!

Los criados sabían que el señorito Gabriel hablaba solo, y como esto nada tiene de raro, dejábanlo en paz. Apenas si muy de vez en cuando alguno de ellos se asomaba al ojo de la cerradura.

Pero aquella mañana no dejó de inquietarles el diapasón de la voz.

Gabriel decía quién sabe cuántas cosas con estentóreo acento.

La discusión, allá, dentro de la pieza, había llegado a extremos deplorables.

El caballero del espejo empezó, como de costumbre, por encogerse de hombros; luego manoteó, luego... (¡quien lo creyera!) le enseñó los puños a Gabriel.

Este no pudo más, y en el paroxismo de la rabia, corrió hacia un *secrétaire*, y de un cajón sacó su revólver.

Debo advertir que la discusión no tenía im-

portancia. A lo que parece, *el otro* le reprochaba interiormente a Gabriel ciertas palabras nada corteses que había dirigido a un individuo antipático. Pero Gabriel, aquel día, estaba más nervioso que de costumbre, y a las primeras réplicas se exaltó.

Ya con el revólver en la mano, volvió de nuevo al espejo.

—Miserable—dijo al sosias—ya no puedo soportarte. Me estás amargando la vida. Eres un canalla, un... *esto*, un... *lo otro*... ¡Vas a ver!

Al *vas a ver*, el del espejo se encogió de hombros (así lo creemos cuando menos, pues no tenemos más indicios de lo que debió de acontecer), y Gabriel, ciego de ira, le apuntó a la cabeza y disparó.

Al oir la detonación, la servidumbre, ya inquieta por la extraordinaria violencia de los gritos, se precipitó en la pieza y se quedó consternada:

El espejo había sido estrellado por el proyectil, y Gabriel yacía exánime a los pies del cristal, con un balazo en la frente.



XXII

EL PLOMO EN LA ENTRAÑA



MUCHOS años ha que venden por las calles ciertos pajarillos de colores, ya bengalíes, ya verdines, ya simples gorriones, ya tordos o zorzales, que muestran todos esta particularidad peregrina: no vuelan, aun cuando los toquen manos ávidas o groseras.

Saltan apenas los peldaños de una pequeña escala de madera que sirve al vendedor como de muestrario, y aunque tienen íntegras sus alas y a las veces revelan azoramiento, se puede impunemente colocarlos en cualquier parte, con la seguridad de que no han de escapar.

Esto sorprende y cautiva en extremo a los niños y hasta a los grandes, que se preguntan cómo es posible domesticar de tal manera a avecillas tan hurañas y medrosas de suyo.

La respuesta es muy fácil. No se las ha do-

mesticado: se ha recurrido a un procedimiento más efectivo y sumario: introducirles en el intestino una posta o balita de plomo, de tales dimensiones que éntre con violencia y que no pueda ser expelida por el animalillo.

Este, al principio, hace todo género de esfuerzos para desembarazarse del cuerpo extraño que lo martiriza y lo irrita.

No lo consigue naturalmente, y viendo lo inútil de su intento, se resigna, y muere al fin, más o menos pronto, de resultas de un tumor.

Sin embargo, como su hábito de vuelo le es consubstancial, como todos los movimientos de sus músculos tienden al aire, un continuo verberar, un perenne temblor de plumas acusa su impaciencia de elevarse hacia el azul tentador y diáfano que lo envuelve y rodea. Pero toda su dinámica se reduce a pequeños saltos de peldaño en peldaño, en aquella escala que no tiene ni siquiera la altura de su anhelo.

Yo no he visto nada más angustioso ni más cruel que el tormento del pajarillo. El ave doméstica a quien se le cortan las alas, sabe que el esfuerzo de ellas, así mutiladas, no ha de bastar ya para alzarla. Pero el pajarillo éste del plo-

mo sí siente que las tiene incólumes, íntegras, sólo que, por causa cuya comprensión supera al poder de sus embrionario cerebro, el esfuerzo que antes lo llevaba hasta las más eminentes torres, ahora no le basta para levantarse. Algo obscuro e incomprensible, maléfico y hostil lo retiene y defrauda en todos sus ímpetus; y su desconcierto y desorientación se asemejan a los de un niño que por encanto fuese trasladado a un planeta donde la gravedad excediese en mucho a la del nuestro, y en vano quisiese ejercitar la antes poderosa agilidad de sus músculos lozanos, que tan ligeramente lo movían sobre la tierra.

¡Oh alma, tú eres semejante a este pajarillo! ¡Oh poetas, oh artistas, oh seres de pensamiento y de ensueño, oh hombres nacidos para la gran acción, vosotros sois como este pajarillo lamentable! Un peso obscuro y enigmático, que no sé qué mano invisible ha clavado en vuestras entrañas, os retiene pegados a las *conveniencias*, al *común sentir*, al *prudente obrar*, a los *prece-*

dentes establecidos, a las *diversas consideraciones sociales*, que son como la escalilla mísera de madera que constituye el límite del salto para el tordo o el bengalí.

Imposible ser grandes y nobles y bellos; imposible lucir, triunfar.

Las dimensiones de vuestro vuelo están escrupulosamente medidas por los demás, y no deben rebasarse, so pena de veros privados del aprecio de los *cuerdos* y aun del pan que sustenta y del sol que ilumina.

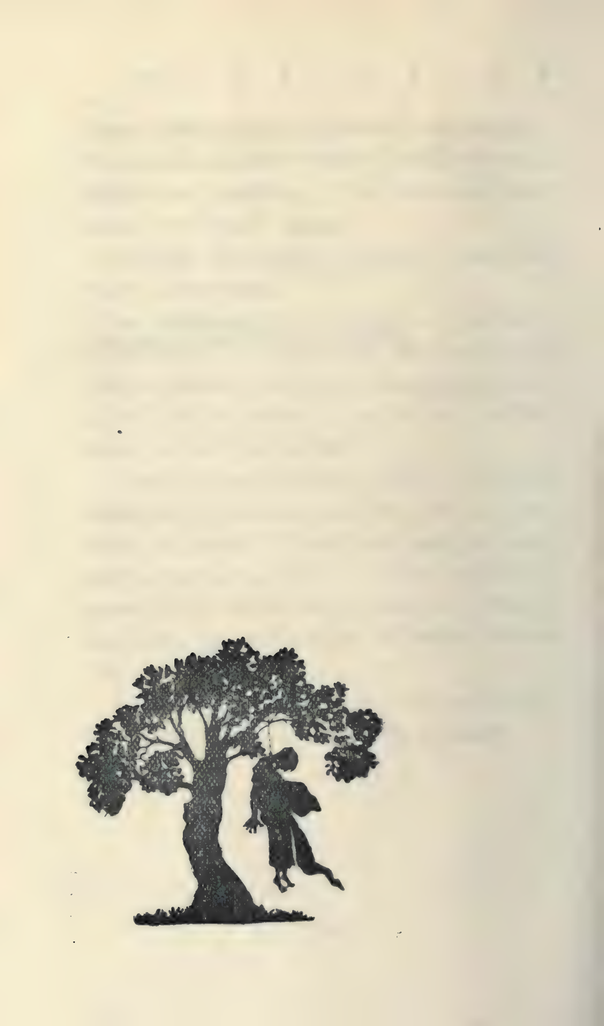
Y así vais por las calles, pegados a la triste escala que os sirve de meta fija; y en vano tembláis y os azoráis y recalcitráis ante los tocamientos profanos, ante los dedos curiosos y groseros, que, al alisaros el plumaje, os roban el oro divino de que estaban cubiertas vuestras alas.

En vano: ya no podéis volar. ¡El azul os circunda, pero en la entraña lleváis el plomo!

XXIII

JUDAS

A Doña Laura Méndez de Cuenca





Me acuerdo aún de mi primera pregunta. Entonces la vida llovía mucho sol sobre mis cabellos.

—¿Y Judas, madre?

—Judas fué uno de los doce apóstoles, y vendió al Divino Maestro.

Esa mañana, una mañana de mi tierruca, envuelta en neblinas testarudas, como si el mar cercano, esperezándose, le enviara un vaho inmenso, quemaban al traidor en varias calles, en efigie de cartón pintado, con cilicios de cohetes, ante una parvulada del pueblo, que aullaba de alegría o se echaba a silbar desesperadamente cuando marraba alguna pieza de la rudimentaria pirotécnica.

Más tarde, ya lejos de mi valle («del triste valle donde yo nací», dicen unos versos muy ro-

mánticos), nos daban ejercicios en mi colegio. La capilla oscura resonaba con la voz gangosa del padre lector, y recuerdo que, proponiendo la primera meditación de la mañana, leía en el clásico libro de la S. J.:

—Cayó Judas y lo sustituyó San Mateo; cayó Pelagio y lo sustituyó San Agustín; cayó Lutero y lo sustituyó San Ignacio.

Judas otra vez. No pregunté ya: le conocía: era «uno de los doce», el que vendió al Divino Maestro.

Y corrió aún el tiempo, y una tarde gris también —en que mi espíritu, que es como el agua tranquila que refleja todos los matices del cielo, tenía tanta bruma como la que puede contener un libro de Rodembach—leía el Evangelio cerca de la ventana de mi celda de estudiante.

El sol tramontaba ocultamente, como un rey que viaja de incógnito. Apenas si detrás de la niebla lo denunciaba un pálido círculo de tonos más claros, como una mancha circular de aceite en un pliego de papel blanco. El campo parecía soñar bajo el pabellón melancólico del cielo; algunos pájaros friolentos garruleaban en los árboles del jardín, y llegaba a mi oído el monó-

tono lloro del agua cayendo sobre el tazón de mármol.

Leía el relato de la última cena. Allí estaba Iscariote. Mientras Juan, «el discípulo que Jesús amaba», como se llama él a sí mismo con deleite, apoyaba su cabeza en el hombro del Cristo, Judas, que «metía la mano en el plato», que comía el pan y bebía el vino de la Pascua, fraguaba ya la traición.

Pero el capítulo más doloroso era el del beso: «¡Con un beso entregas al Hijo del Hombre!...»

Dejé el libro sobre el alféizar, y me quedé contemplando el paisaje, enfermo y serenamente triste, como mi ánima.

Y fué aquella la tercera vez que encontré en mi camino a Iscariote.

La cuarta, la quinta, la sexta... le encontré leyendo la historia y la poesía heroica. Hay un Judas en la *Ilíada;* hay un Judas en los albores de la reconquista de España; hay un Judas en la tragedia amorosa de «Alhamar el Magnánimo».

Yago, en el tremendo drama de Shakespeare, tiene alma de Judas; en México tuvimos un Judas que, por gracia de Dios, no nació entre nos-

otros: Picaluga; hemos tenido otros que calentaron su infamia al rayo puro de nuestro sol.

Judas por dondequiera, a través de la marcha de la humanidad; Judas vuelto símbolo; Judas tornado ósculo siniestramente inmortal.

Aún encontré al traidor, con este último disfraz, bajo la máscara de un beso, beso de los labios ante quienes se ora, de los labios que creímos hostias rojas, hostias de bendición, y que fueron portaestandartes de Iscariote, chasqueando eternamente en los siglos; y repetí la dolorida frase del espíritu, que responde a la nefanda caricia, diciendo:

—«¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?»

Cuando encontré al Judas simbólico, escribí estos versos:

Que aquél que, recorriendo su ruta de asperezas,
haya abrevado su alma en mayores tristezas
que mis tristezas, alce la voz y me reproche..
Job, Jeremías, Cristo, Daniel: en vuestra noche,
toda llena de angustias de redención, había
un astro, el astro de una ideal teoría:
Dios vino hasta vosotros, Dios besó vuestra frente;
Dios abrió en vuestro cielo la brecha reluciente
de una esperanza.
En mi alma todo es sombra, y en ella

amás ¡jamás! titilan los oros de una estrella.
Mi alma es como la higuera por el Señor maldita:
no da fruto, ni sombra, ni reposo; no agita
sus abanicos de hojas. Sus ramas ¡ay! desnudas,
servirán a la desesperación de algún Judas,
de algún ideal tránsfuga que me besó con dolo,
y que, por fin, se ahorca desamparado y solo.
Que aquél que, recorriendo su ruta de asperezas,
haya abrevado su alma en mayores tristezas
que las mías, levante su voz de trueno. ¿En dónde
están los grandes tristes? ¡Ninguno me responde!
La eternidad es muda, y el enigma, cobarde...
Hermana, tengo frío: el frío de la tarde (1).

Y el Judas simbólico es ya un viejo conocido mío: sé que vendrá, lo espero siempre. Cuando el cielo está azul y el horizonte más puro, veo erguirse su silueta, de un rubio insultante; su melena rojiza flota al viento de la mentira. Su pecoso rostro sonríe.

Echáos a temblar, pobres ilusiones, nidada gorjeadora de mi alma; encogéos, humildes amores míos; esperanzas vestidas de blanco y coronadas de azahares como para la primera co-

(1) *V. Obras Completas*, vol. VII, pág. 51-52. Los versos número 9 y 12 ofrecen ligeras variantes.

munión, escondéos. Escondéos, pobrecitas mías, porque *él* viene: adelanta ya entre los árboles espesos. La luna es tan misericordiosa, que se atreve a besar su cara antes que él bese vuestras lindas mejillas nacaradas.

¡Ah! yo bien quisiera cobijaros entre mis brazos, pero están clavados...

¡Y Judas llega! ¡Judas besa!

Sí, a *él* también le toca su turno: al día siguiente de la crucifixión, cuando el cuerpo luminoso de Cristo se estremece ya en su tumba nueva para resucitar y ascender a la gloria del Padre, Judas se detiene ante la higuera que sombrea un triste arrabal de Jerusalén. El remordimiento le ciñe como con sierpes de espinas. Va a ahorcarse mientras los ángeles cantan: *Resurrexit, non est hic;* mientras Magdalena busca perfumes para ungir el cuerpo del Amado. Él espumarajea mientras la de Magdalo adora.

La de Magdalo es el amor inmortal: él es la inmortal infamia.

Magdalena es el beso que se posa como paloma a los pies del Dios adorado.

Judas es el beso que quema la mejilla con lumbre de traición.

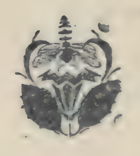
Magdalena diviniza a su amado, pregonando, muy de mañanita, porque el amor madruga, su ascensión a los cielos.

Judas lo vende y lo sacrifica.

Y, sin embargo, esa alma toda luz y esta alma toda sombra, realizan la redención: Judas vendiendo a Cristo; glorificándolo, Magdalena.

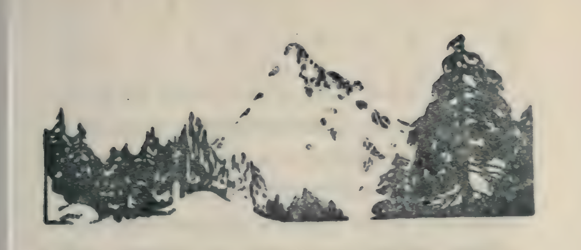
Y Judas se ahorca.

Pero resucitará: resucitará con una resurrección maldita; es eterno: sin él no hay pasión, y es preciso que todos los corazones estén crucificados, a fin de que se obtenga el fin supremo del universo, que es el perfeccionamiento por medio del dolor.



XXIV

LA INACCESIBLE NOVIA



No pasa una semana sin que, en Ginebra o en Lucerna o en Interlaken o en cualquier otra población suiza, un diario publique, indiferentemente, en lugar secundario, en breves líneas, este o parecido suelto:

«Se ha encontrado, en el Wiggis, cantón de Glaris (pongo por caso), el cuerpo, horriblemente mutilado, de un tal Conrad Leuthard, de Schlieren, de treinta años de edad.

«Conrad Leuthard quería cortar unos *edelweiss*, pisó en falso y cayó al abismo.»

El lector pasa a otra cosa, y ni quien piense más en ello.

Y sin embargo, estos cien, estos doscientos caballeros rubios que perecen por haber intentado la posesión de la apacible, de la fría y divina flor de las nieves, son muy dignos de interés y de admiración.

En los felices tiempos que corren, en que el hermano engaña al hermano, el hijo al padre, el amigo al amigo por unos cuantos pesos; en que a caza del billete de banco va a zancadas la humanidad, y la flor de ella se agota en devoradora lucha, no por la vida, sino por el dinero, o se asesina concienzudamente, ¿no os parece cuando menos original el tipo de esos jóvenes teutones, encandinavos o rusos, de grandes y pensativos ojos azules, que trepan a las más altas crestas nevadas, que bordean los más espantosos abismos, que en cada hora se juegan diez veces la existencia, por una florecita pálida que crece allá, en la más eminente de las rocas vestidas de nieve?

¿Qué Elsa recibió jamás de un Lohengrin, qué princesa vió rendir nunca a su caballero un homenaje de amor tan generoso y digno de la leyenda?

Y esto pasa en pleno siglo XX, mientras las plutocracias del mundo hacen sonar sus grandes carros de oro, a los cuales sigue o va uncida la humanidad, con la consigna suprema expresada en estas dos palabras: «Negocio», «Ganancia».

El *edelweiss* es una flor enigmática, sin perfume, de corola circular, resistente y algodonosa. Crece en plena montaña, en los recodos de las rocas, en esos leves remansos de paz que la nieve todopoderosa le forma, en su mar de seda inmóvil.

La avidez de que ha sido objeto la impulsa, quizá con el seguro y admirable instinto de las flores de que nos habla Maeterlinck, a prender cada día más alto, a interponer entre ella y sus perseguidores las mas hondas simas, los más tenebrosos barrancos, los picachos más esquivos.

Desde lejos se la ve, como a una inmaculada e ideal castellana en su inexpugnable fortaleza glacial.

Es una virgen maravillosa que no se entrega sino a cambio de sacrificios sin cuento.

Lo que exige a sus amadores es de tal suerte audaz, que nos parece una insignificancia el guante arrojado a los leones desde el palco del torneo, por la dama aquélla que probaba así a su caballero, y de que tan bellamente nos habla el poeta alemán

⁂

Pero los amadores no vacilan ante la prueba.

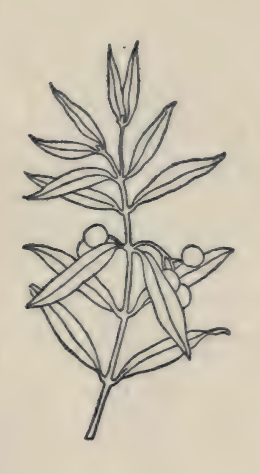
Todos son jóvenes. Ardores tales no caben en el temeroso corazón de los viejos.

Casi todos son rubios. Hay en su mirada azul el prestigio de las castas leyendas del norte...

Muchos de ellos, después de horas y horas en que reptarán como lagartos, se encaramarán como insectos hasta la cima de verticales rocas, se desgarrarán manos y pies hasta ir dejando sobre la nieve blanca la bermeja huella de su paso, verán, ya al acercarse a la novia altiva y pura, que los separa definitivamente de ella un abismo que sólo el vuelo puede franquear. Otros, al ir a apoderarse de la adorada, en el momento supremo en que extienden la mano para asirla, darán un paso en falso y caerán para siempre en la hondura, enviándole al despedirse el último beso. Otros, más felices, al asirla ya, al llevarla a sus labios en el primer transporte de amor, se derrumbarán con ella, y a ella abrazados irán dando tumbos de roca en roca, de aguja en aguja, hasta dormir el sueño de las nupcias eternas en el tálamo de los glaciares, al cual ha ido la novia con los pétalos manchados de rojo.

Muy pocos volverán triunfantes, con el *edel-*

weiss, al hogar de donde salieron, y éstos acabarán por colocarlo en un relicario de oro, con finos cristales; y ante la flor muda recordarán las miríficas andanzas del idilio, y rezarán una bella oración como ante nueva virgen simbólica, que tuvo por padre al cielo y por madre a la nieve.



XXV

EL COFRE DEL CID

A Lucas T. Gibbes



CUANDO la crisis era más terrible en Eukaria, la gran ciudad del nuevo Continente, el Rey de las Finanzas hizo aquel *gesto* histórico, ante las miradas suplicantes de una legión de banqueros arruinados: firmó un cheque maravilloso, que debía traer a la metrópoli, hambrienta de oro, cien millones de francos en piezas relucientes, un río de metal precioso que iba a correr los opáridos cauces del Negocio, llenos de sed...

La tormenta cesó. Las caras supliciadas sonrieron. Las almas se difundieron en acciones de gracias. Un *Te Deum laudamus* de todos los corazones sucedió a las blasfemias y al ruido seco de los proyectiles con que los desesperados se perforaban el cráneo.

Un mes después, el gigantesco vapor *Ania*, verdadera ciudad flotante, llegaba a la bahía de Eukaria, conduciendo cien toneles, y en cada tonel un millón de francos.

Jamás—afirmaban los periódicos—había desafiado la procela del mar tesoro semejante. ¡Si hasta parecía, durante el viaje, que la onda, conquistada por el oro,—mujer al fin,—se abría a la violación de la quilla con el rumor de una falda de seda que se desgarra!

Diez custodios, como diez argos, vigilaban los toneles día y noche, relevándose cada cinco horas; y no relajaron su cautela hasta el instante en que, por fin, en los subsuelos blindados del Banco Nacional de Eukaria, reposó en seguridad plena la preciosa carga.

⊠

Por la noche, el empleado del Banco, que hacía la ronda—en esta vez más minuciosa—por los subterráneos, advirtió que uno de los toneles se hallaba en mal estado. La corva madera había cedido un poco bajo los aros, y el zinc de la parte interior, descubierto y magullado por algún

choque, empezaba a desoldarse, mostrando una abertura de varios centímetros.

El vigilante examinó detenidamente esta abertura, y al remover con recelo el tonel, vió caer y rodar con ruido sordo un gran cartucho cilíndrico.

—¡A la buena si esto ha pasado ya a bordo!— se dijo—Y si falta oro en el tonel...

Y, pensativo, sopesaba en la diestra el cartucho, que aunque era de sólida tela encerada, se había desgarrado al caer, y dejaba asomar por la desgarradura el canto de una pieza. Cosa extraña: este canto no brillaba; más aún, era opaco, grisáceo y sin reborde ninguno.

El empleado, al darse cuenta del extraordinario fenómeno, sintió que el pánico encogía su corazón y helaba sus huesos.

Sin poderse contener, rompió el cartucho, y... ¡diez discos de plomo rodaron por el suelo!

⊠

¿Cómo se había hecho la sustitución? ¿Quién la había osado? ¿Creerían en su inocencia cuando refiriese el estupefaciente hallazgo? ¡Ah! ¡no! ¡Estaba perdido... perdido!

Cerró las cajas, subió de tres en tres las escaleras de los subterráneos, salió acezando a la calle, sin sombrero y sin abrigo, detuvo al primer coche que vió al paso, y se hizo conducir, a las volandas, al palacio donde el Director del Banco Nacional de Eukaria digería a la sazón, en amable compañía, unas cuantas docenas de ostras verdes, rociadas con vino del Rhin.

—¡Señor—exclamó cuando el ventripotente burócrata lo hubo recibido en su despacho—un robo! un fraude enorme! ¡Hay plomo en vez de oro en uno de los toneles... Acabo de descubrirlo por rara casualidad... Le juro a usted que yo no soy culpable... No sé cómo ha sido... cómo ha podido ser!

Y, tartamudeante, relataba detalle por detalle la historia de su descubrimiento.

El financiero lo escuchaba con la plácida sonrisa del hombre que ha comido bien, sin que se alterase una sola línea de su cara, notable por la rozagante crasitud; y cuando el infeliz empleado concluyó su relato y se hubo calmado un poco, díjole, mirándole fijamente y con voz enérgica:

—¿Ha hablado usted a alguien *antes que a mí* de su descubrimiento?

—¡No, señor!

—¿Es usted capaz de guardar un secreto... un gran secreto?

- -¡Sí, señor!

—Pues bien: tranquilícese usted y enmudezca. En los toneles no hay más que plomo.

—-No... hay... más... que plomo.

—Como usted lo oye: ¡no hay más que plomo!

»... ¡Y qué importa!—añadió el financiero con un bello encogimiento de hombros—: es absolutamente lo mismo que si hubiese oro...

»¿Usted recuerda por ventura la vieja historia del cofre del Cid? El Cid necesitaba dinero para sus mesnadas. Pidiólo a Raquel y Vidas, judíos complacientes, que le prestaron 600 marcos de plata, recibiendo como garantía un pesado cofre *repleto de arena.* Cuando el Cid pagó, retiró su cofre, en que no había más oro que el de su palabra.

»En cuanto pase la crisis, el plomo volverá al banco de donde vino, después de haber salvado a un país de la quiebra, *¡como si hubiese sido oro!*

»¿Usted cree—agregó el financiero—que el oro de los subterraneos del Banco de Francia o del Banco de Londres sirve de algo más que este

vil plomo? ¡Ah! no por cierto: allí estará en aposentos blindados, sin lucir su brillo, sirviendo de simple garantía a los millones de papeles que van y vienen y que sustentan al crédito del mundo. Jamás socorrerá una miseria, jamás aliviará un infortunio, jamás secará una lágrima... Cada año el *stock* maldito, espléndidamente inútil, irá aumentando, aumentando... Pero es lo mismo que si fuese plomo, porque nunca más verá la luz; y un día, cuando el oro ya no valga nada y las civilizaciones actuales hayan pasado, y las grandes metrópolis en ruinas duerman bajo la hierba, el arado de algún labrador chocará contra estas mazas de metal vano; y las libras, los francos, los marcos y los dólares, rodarán a sus pies en cascada resonante, sin que él se digne cogerlos, preguntándose acaso para qué servían tantos discos relucientes.

»Vaya usted en paz, amigo mío—concluyó el financiero—. Vaya usted en paz... y punto en boca... Necesita usted un poco de sueño, que lo reponga de tantas emociones violentas. Mañana, en el Consejo, lo propondré para un buen ascenso. Los hombres discretos merecen que se les proteja.»

XXVI
LA LIBERTAD

A Rómulo Farrera





RAMÍREZ sale de su casa con direcccción al taller.

El airecillo fresco le picotea el rostro y le tonifica los nervios.

El día se muestra despejado, la luz del sol invade en oleadas de oro las calles, bruñe los edificios y transfigura la nieve de las montañas lejanas.

Ramírez se siente feliz de vivir, y experimenta esa alegre necesidad de trabajo que es propia de hombres sanos.

En llegando al taller, continuará la talla de un mueble estilo Luis XV, en el que ha puesto sus complacencias.

Se trata de un respaldo de nogal, coronado por un casco, con una gran cimera, rodeada de

motivos más vagos, de volutas en que la molicie de las curvas alardea en toda su gracia; de rizos, de ondulaciones mil, donde la imaginación puede poner los contornos de cuantas figuras sueñe.

Ramírez está está en paz con la vida, con la sociedad, consigo mismo, y contento de su fuerza y de su inteligencia.

Ramírez es un optimista.

Todo contribuye, por lo demás, a que Ramírez sea un optimista. En el hogar, modesto, pero confortable y limpio, ha saboreado la gran taza de café con leche, que las manos activas y cordiales de la esposa joven, alegre, le han servido en la pequeña alcoba llena de gorjeos de dos amorcillos morenos que juegan aún en la cama.

Gana un buen jornal. El patrón lo quiere. Con las economías que su mujer, solícita y previsora, reúne, Ramírez acabará por abrir un taller. Educará bien a sus hijos, y les dejará un honorable patrimonio. La moral en acción, ¿no es eso?

Cuando Ramírez llega a esta parte de su pensamiento, empieza a percibir voces nutridas, cantos de vivos compases, gritos, y recuerda que numerosos obreros de distintas fábricas han de-

cidido declararse en huelga por lo de siempre: aumento de jornal, disminución de horas de trabajo, o ambas cosas a la vez.

A él le hablaron de organizar un grupo, de tomar la palabra en una manifestación, de influir en el ánimo de los oficiales que trabajaban con él, para que todos, absolutamente todos, acudiesen al llamamiento de sus compañeros, y él rehusó secamente.

—Yo no tengo de qué quejarme—respondió.

La masa de obreros, entretanto, se aproximaba, y al distinguir a Ramírez, la intensidad de sus voces aumentó:

Primero le llamaron «tránsfuga».

Luego «traidor».

Una delegación se aproximó en seguida a él y lo invitó, con palabras en que apuntaban tonos de amenaza, a que se uniese a ellos.

El jefe de la delegación, uno de los huelguistas más influyentes, le indicó que debía hacerlo.

—¿Debo? ¿Por qué?—preguntó Ramírez.

—Por solidaridad—respondió el jefe, dignándose discutir con él.

—Yo no estoy de acuerdo con vosotros—insinuó Ramírez—. Yo estoy satisfecho de mi si-

tuación actual. Necesito trabajar, y trabajaré.

—No trabajarás—dijo el otro—porque estás obligado a solidarizarte con nosotros.

—Yo no puedo—replicó Ramírez—solidarizarme con gentes que piensan de diferente manera que yo.

—Hay, sin embargo, deberes mutuos.

—Nunca serán más grandes que los que yo tengo para con mi mujer y para con mis hijos.

—Nosotros trabajamos por la justicia y por la ibertad.

—Pues empezad por ser justos conmigo: empezad por respetar mi libertad, la libertad de un obrero que quiere trabajar.

—Es que, trabajando, ayudas a la tiranía del Capital.

—Y no trabajando, me someto a otra tiranía peor: la vuestra, la de la huelga. Ahora bien, entre las dos tiranías, prefiero la de uno a la de muchos, la que yo elijo a aquella que se me impone.

—La huelga es un derecho.

—Pero no un deber.

—Si no estás con nosotros, estás contra nosotros.

—Ni lo uno ni lo otro. Luchad por obtener lo que os plazca, no me opongo; pero puesto que reclamáis derechos, empezad por respetar uno indiscutible: el que yo tengo de hacer lo que me plazca, mi derecho al trabajo.

—No trabajarás.

—Sí, trabajaré. Es preciso que mi mujer y mis hijos coman. Holgad vosotros si así os conviene.

—Primero son tus compañeros.

—Primero son mi mujer y mis hijos.

—No trabajarás.

En esto, los gritos recomienzan.

—¡Muera la tiranía!

—¡Viva la libertad!

Y entre un muera la «tiranía» y un viva la «libertad», Ramírez fué «tiranizado» hasta el punto de no poder usar de su «libertad» para trabajar; y obligado a reivindicar el «derecho» común, perdió el suyo: su «derecho» a comer, su «derecho» a vivir.

Esto pasó... esto ha pasado... en España, en Francia, en Buenos Aires... un día, varios días, muchos días.

Y Ramírez, y todos los que piensan como Ramírez, están conviniendo en que nada hay

más tiránico a veces que la libertad, y fastidiados de esta comedia de los derechos, dirigida, detrás de las bambalinas, por veinte o treinta ambiciosos, que se burlan de la perenne imbecilidad colectiva de las masas, y acabarán por hacer una contrarrevolución, cuyo lema será éste:

«Libertad para todo... hasta para prescindir uno de sus libertades.»

«Derecho para todo... hasta para renunciar uno a su derecho.»

XXVII

BIARRITZ



Y ¡cómo decir el sortilegio de esta playa en que todos los lujos, todas las elegancias, todos los refinamientos, forman contraste con un mar bravío, áspero, frecuentemente airado, que se debate espumarejeando entre los dientes implacables de las rocas!

¡Y cómo expresar la molicie que se apodera de nosotros en las dulces noches de estío: cuando el gran faro intermitente barre las ondas con sus dos vivos haces de impalpable luz, que parecen antenas de un gran monstruo misterioso; cuando el inmenso y perennemente palpitante organismo del mar sólo se adivina por las orlas de plata fosforescente de su espuma, y por su perpetuo rumor de seda que se desgarra!

¡Cuando arriba, en los casinos y cafés, que son como islotes de claridad, cantan las orquestas y las más deliciosas mujeres del mundo, las que

anidan del 15 de Agosto al 30 de Septiembre en esos palacios que se llaman el *Regina*, el *Palais*, el *Continental*, pasan llenando el ambiente de su invencible prestigio, hecho de miradas de perfumes y de ritmos lineales!

¡Y cómo decir la gloria de estas mañanas cálidas en que la *Grande Plage* ostenta todos los colores, y entre las vivas salpicaduras de las graciosas tiendas de lona, los niños triscan y las bellas mujeres muellemente sueñan, mientras en las galerías umbrosas del casino municipal los húngaros dejan fluir de sus arcos el último vals... uno de esos valses hechos más de voluptuosidad que de notas, de indolente voluptuosidad que parece ondular por el aire como una sutil culebra!

¡Y quién pudiera contar de los días de tormenta, en que la ola rabiosa brinca por encima de las rocas, en que un omnipotente huracán ruge y silba, y en que, bien impermeabilizados, desde el *Rocher de la Vierge*, vemos al titán convulso, llegar a todos los paroxismos!

¡Oh! los rizos impregnados de sal de las rubias mujeres, los rizos que escapan de las sienes y de la nuca a la sujeción de la gorra inglesa; los rizos que se agitan como espirales de oro, mientras los claros ojos, hermanos del piélago, entre curiosos y asustados, miran las demasías de la onda...

¡Y quién pudiera, en fin, pintar el maridaje de estas arquitecturas suntuosas y de estos jardines, y de estas terrazas, en el gran anfiteatro que se yergue, todo él lleno de imprevistas escaleras, de rientes recodos, de apacibles rincones, de avenidas en que la arena cruje bajo los pies pequeños y ágiles de las parisienses y las españolas!

¡Oh Biarritz, Biarritz, flor y milagro de la costa de plata, surgida del capricho imperioso de la más bella de las soberanas, tentación de reyes, capua de millonarios, y a la vez nido de paz, de libertad y de amor!

Oh Biarritz, ¡que no tuviera yo veinte años, y veinte ensueños y veinte deseos... y veinte millones de francos!



XXVIII

PAX MULTA





AYER, en una postal de Brujas, escribía yo a un amigo querido:

«Éste es uno de los últimos refugios que quedan en el mundo para el ensueño».

En efecto, ni los inevitables ingleses que, con el Baedeker en la mano, discurren por las calles medioevales, ni el mediano tráfico de la ciudad, logran arrebatarle su silencio, su deleitable y misterioso silencio, que parece venir del fondo de los siglos y por los siglos mismos reforzado.

En los canales verdosos nadan sin ruido cisnes que parecen dioses tutelares de aquellas aguas dormidas. Hay por dondequiera remansos admirables de quietud, entre los árboles obscuros y las casitas rojas; y flota sobre el conjunto de canales, de puentes vetustos, de calza-

das húmedas, tal descansada melancolía conventual, que no hay de fijo en el mundo paz de claustro más propicia y hospitalaria para el pensamiento, fatigado de rastrear por los lodos de la tierra.

¡Y el «beguinage»! ¿Cómo describir el recogimiento, la unción indecible, el reposo y serenidad otoñales de aquellos patiecillos tapizados de césped, de aquellas moradas minúsculas y mudas, tras cuyos cristales, velados por visillos, se adivinan las vidas humildes, pensativas, extáticas, de las religiosas?

Un canal anchuroso, entre dos puentes, lo limita.

Sobre el agua cae la sombra de los árboles. Nadan cisnes y cisnes, en la dorada luz de la tarde. Un «carillón» lejano canta las horas.

Una infinita y celeste sensación de paz os satura.

¡Oh! vivir aquí, en una de estas casitas cuya imagen tiembla en el agua... ¡No más escribir, no más hablar! Pensar, pensar solamente. Dejar, por fin, que la pobre alma inquieta se cierna, libre, sobre la vida, sobre las cosas perecederas. Que nunca el «facteur» tire del coqueto

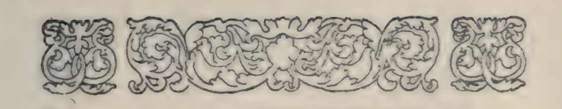
cordón de estas campanillas, que sostiene un hierro forjado, y que tan rara vez deben anunciar visitas... Nada saber del perenne «circo de las civilizaciones»... Pensar, sólo pensar... Y acaso estar en éxtasis.

Cierro los ojos, y veo los de Rodenbach, suavemente azules, en el célebre retrato del Luxemburgo, en el fondo del cual se yergue la silueta mística de Brujas. Ya se cerraron para siempre esos ojos admirables que tan discreta y hondamente sabían remirar y acariciar estos rincones.

Pero en la resignada melancolía de la hora, su ensueño blanco—tal uno de estos cisnes pasajeros—debe complacerse en bogar por los canales, en revolar por el ambiente de inefable sosiego del «beguinage», en escuchar la música indescriptible del carillón que desciende alada de la torre.

Yo siento la proximidad de esta gran alma hermana, de esta gran alma huraña que, como la mía, tuvo siempre sed de las cosas eternas.



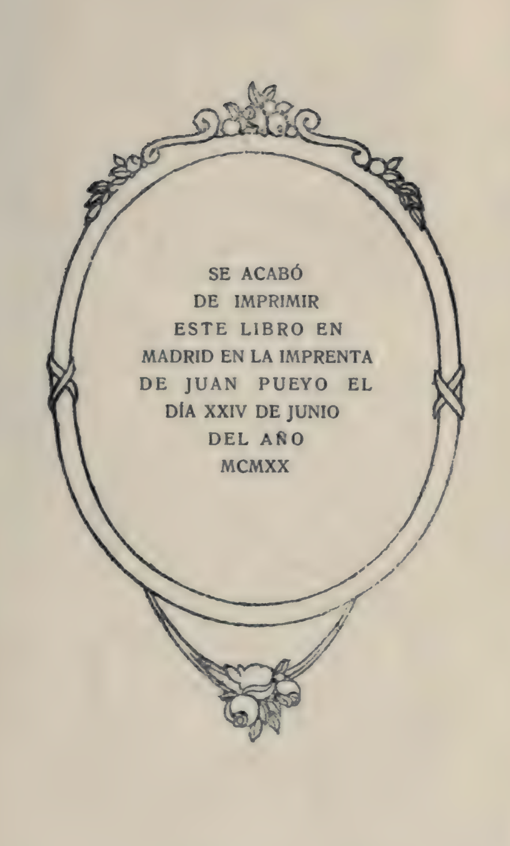


ÍNDICE

Páginas.

Indice

Páginas.



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXIV DE JUNIO
DEL AÑO
MCMXX



